

THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

▶ **ALFONSO REYES**
▶ **JIBONANANDA DAS**

2

▶ **CARLOS PEREYRA**
▶ **GIUSEPPE AMARA**

▶ **LUIS G. RAMOS**
▶ **LUISA JOSEFINA HERNANDEZ**
▶ **JOSE ANTONIO ROBLES**
▶ **RICARDO MORALES AVILES**
LUZ AURORA PIMENTEL



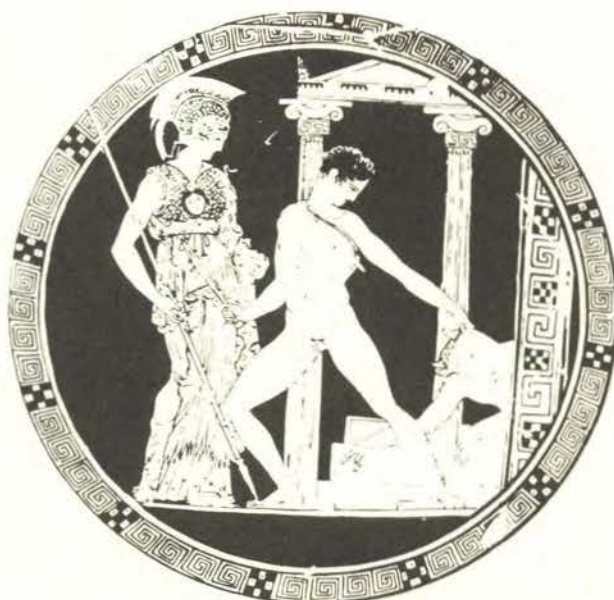
Julio / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año I, Número 2

julio / 1979





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrando Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas.
Editor: José Antonio Matesanz.
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Reducción: Elsa Cross.
Diseño: Germán Montalvo

INDICE

La tradición presente. ALFONSO REYES 5
Un paseo por la prehistoria

JIBONANANDA DAS 26
Poemas. Traducción de Susnigdha Dey

CARLOS PEREYRA 29
Hobbes: absolutismo y soberanía

LUIS G. RAMOS 35
Ateísmo Cristiano

GIUSEPPE AMARA 37
La vida después del psicoanálisis

LUISA JOSEFINA HERNANDEZ 42
Análisis de Macbeth

LUZ AURORA PIMENTEL 48
Tiempo y significado en Macbeth

JOSE ANTONIO ROBLES 57
Teoría del ocio (Reflexiones sobre el palíndromo)

RICARDO MORALES AVILES 63
Sobre la militancia Revolucionaria de los Intelectuales

Notas y Reseñas:

Federico Patán sobre La piedra en el pozo 71
de Luis Roberto Vera

Sergio França Danese sobre Gouverneurs de la rosée 72
de Jacques Roumain

ALFONSO REYES

Un paseo por la prehistoria

1. Propósito de este ensayo

Ofrezco un sencillo sumario que a unos sirva de rápida recordación y a otros de introducción y compañía para sus lecturas personales; un cuadro de referencia que ayude a poner las nociones en su sitio, lo cual es el principio teórico del bien. No se trata de trazar, siquiera en boceto, el campo completo de la prehistoria, sino de guiar los primeros pasos del aficionado al estudio de las humanidades, cuyo primer capítulo es aquel desprendimiento gradual de las características humanas en la materia zoológica.

Estas revisiones de conjunto, destinadas al ciudadano más que al erudito, parecen indispensables en una época de especialidades inconexas, inaccesibles a quien no puede consagrarles todo su esfuerzo, cuando la misma dispersión del saber ha hecho olvidar las bases éticas. El que lo sabe todo encuentra siempre algún encanto en volver a los rudimientos. El que sabe poco agradece el servicio, y en la suma de ideas generales halla alivio a sus curiosidades latentes y estímulo, acaso, a su vocación.

Queda condenado todo apetito de originalidad: la herencia humana no se inventa, se cataloga. Queda frenado provisionalmente todo excesivo atavío de forma que perturbe la neutralidad del servicio ofrecido. Lector: éstos son apuntes de un estudiante cedidos a otros estudiantes.

2. La base física

La época de la aparición del hombre es incierta ¿Podrá situársela aproximadamente hace cien mil, doscientos mil, trescientos mil, quinientos mil años, o hace un millón de años? Lo único en que reina acuerdo es que, de las tres eras en que se divide la historia del planeta, cada una subdividida en periodos con fases distintas, los mamíferos aparecen en la terciaria o cenozoica; y que, con los últimos periodos de ésta, pleistoceno y reciente, algunos forman la era cuaternaria o antropozoica en que ya es indiscutible la presencia del hombre.

También es incierto el lugar donde se registran los primeros rastros humanos: ¿Africa septentrional o meridional, Asia occidental, lejano Oriente, Oceanía, continente europeo? Por último, se discute si la humanidad surgió en varias regiones propicias o en un solo foco de donde luego se difundió al resto de la tierra. Sobre todo ello hay conjeturas, teorías, escuelas. Como alguna vez se habló del posible origen del hombre en América, conviene des-

de luego descartar esta hipótesis. "Hoy en día... y a pesar de las ideas avanzadas hace algunos años por el argentino Ameghino, pocos sostendrán que la cuna de la humanidad deba buscarse en América." (P. Martínez del Río. *Los orígenes americanos*, México, 1936, pág. 13) "Cuando el hombre aparece en América, ya es una forma completamente evolucionada, con una cultura comparable a la del paleolítico superior del antiguo continente. Al parecer llegó al nuevo mundo procedente del nordeste de Asia, no hace más de treinta mil años ni menos de diez mil." (R. Linton, *Estudio del hombre*, tr. F. Rubin de la Borbolla, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, pág. 29.)

Sobre el origen del hombre hay dos grandes doctrinas, la sobrenatural que para nosotros se reduce a la tradición bíblica del *Génesis*, creación divina de Adán y Eva; y la natural que trata de situar a la especie en la base animal, estudiando su configuración física y régimen fisiológico, como resultado de enormes evoluciones semejantes a las que se registran en los demás seres animales. El primero es el punto de vista simbólico de la religión y el segundo el punto de vista científico de la antropología física.

No siempre se consideraron como necesariamente incompatibles. De lo contrario, no se entendería que haya antropólogos cuya lealtad a la religión nadie pone en duda. En nuestros días, sólo los salvajes del Tennessee se figuran todavía que las teorías científicas hacen daño a la creencia cuando lo uno y lo otro son órdenes distintos y no convertibles. Nuestra hermosa tradición hispánica da muestras de haber considerado estas cuestiones con la generosidad que permite la verdadera confianza en las obras divinas, como pronto veremos.

La doctrina natural será el fundamento de nuestra exposición. Sobre la doctrina sobrenatural, encontramos esta presentación de la leyenda mosaica y la historia del Edén en los primeros documentos de la prosa castellana ya organizada: "Estas que habemos dicho son las generaciones del cielo et de la tierra, de cuando fueron criadas en el día en que Dios crió el cielo e la tierra, e otrosí todos los árboles e las hierbas ante que naciesen en ella nin levantasen semiente nin fruto, ca non lloviera Dios aún en la tierra nin era aún otrosí fecho el homne que la labrase; mas diera Dios en la tierra una fuente que subie e regaba toda la faz de ella, e manteniese la tierra de aquesta guisa. Onde formó enpós esto nuestro señor Dios el cuerpo del homne del limo de la tierra et aspiró en el respiramiento de vida; e fué el homne fecho e acabado con alma viva. —Et plantara nuestro se-

ñor Dios luego de comienzo un lugar muy vicioso (*abundante*) contra orient. Et a aquella tierra dixieron después Edón, e yace en el mar Occéano; et según dice Augustín en la Glosa, "Edón" es "delectes". Ca había y (*allí*) árboles de todas maneras que levantaban frutos fermosos de vista e sabrosos de comer; et llámanle Paraíso Moysén e los otros sabios; et Paraíso quiere decir tanto como lugar de cerca la gloria, porque tan vicioso es aquel lugar, que el su vicio tan grande es, que a cerca llega de la gloria del Paraíso celestial. Et crió Dios allí de la tierra humorosa todo árbol que a homne pudiese tener vicioso.—Et en medio del Paraíso crió el árbol de la vida e de saber el bien e el mal... Dixo Dios entonces. Non es bien que el homne sea solo; e adúxol (*trájole*) esora delante todas las animalias que formara de la tierra... et entre todas non había ninguna en quien él delectase. Estonces metió sueño en él en Paraíso e adormeciol; et él durmiendo tomol una de las costiellas, e henchió de carne el lugar donde la tomara, e fizó de aquella costiella la mujier; et desí adúxola a Adam e mostrógela; et Adam cuando la vió dixo: ¡Oh este hueso agora era de los míos huesos e carne de la mía carne! E ésta será llamada varonesa o varonil porque fué tomada del varón." (Alfonso el Sabio, *General Estoria*, Génesis, Pról., III-IV.)

Pero nadie tuvo por hereje a Fray Luis de Granada, quien por una parte sustenta el dogma de que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, en el orden de la gracia, y por otra, en el orden de la naturaleza, recoge sin el menor escándalo estas nociones predarwinianas: "Y para que se abaje la soberbia y vanidad de los gentiles hombres y mujeres, y vean de qué se vanaglorian, sepan que los cuerpos que los antiguos hallaron más semejantes a los nuestros, aunque sea vergüenza decirlo, fueron los de las monas y puercos. Y así Galeno, que más divina y largamente trató esta materia, se rigió en todo lo que escribió por la fábrica de los cuerpos de las monas. Y por esto es agora corregido por los nuevos anatomistas, los cuales hallaron por experiencia que en algunas cosas se diferencian nuestros cuerpos de los de estos animales.

Así que por ser esta materia tan varia y de tanta sutileza, no me debo entremeter en ella; puesto caso que no hay en ella hueso alguno grande ni pequeño que no esté predicando la sabiduría y providencia del Creador, que esto trazó." (*Introducción del Símbolo de la Fe*, I, xxiv.)

La antropología, para explicar el proceso mediante el cual se modela la estatua humana, se funda en los vestigios materiales y en el ejemplo de las poblaciones retardadas que persisten todavía hoy en estado primitivo. Es una de las ciencias más nuevas; como tal, confunde a veces sus límites y problemas, procede por tanteo y conjetura y apenas ha superado la etapa de las ambiciones excesivas, característica de la infancia de la investigación. Tiene que considerar a la vez al hombre como individuo aislado, y como miembro de una agrupación social embrionaria; como objeto de fisiología, como objeto de psicología y como objeto de sociología. La combinación de estos cuatro elementos: individuo, grupo, cuerpo y psique, nos da los capítulos fundamentales de la antropología. "La arqueología prehistórica es de ayer, y no hubiera podido existir antes que la geología, la paleontología y

la antropología anatómica fuesen abriendo sus caminos y dándole sólida base, sin la cual no hubiera pasado de novela científica o de curiosidad insustancial." (Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, 2a. ed., Prolegómenos, I.)

La antropología nos habla de varios esbozos de hombre, de que algunos pudieron ser pasos en falso y otros son ya antecedentes directos. La tesis de la descendencia del mono actual, que tanto lastima al sentido común, no es científica por fortuna, y por eso es un dislate hablar del "eslabón perdido". Pues a lo sumo habría un antecesor común cuya descendencia se diferenció hace tanto tiempo que ya no podrá ofendernos nunca con su vergonzosa presencia. El entroncamiento se establece así teóricamente: 1o. Vertebrados; clase mamíferos, orden primates superiores; sub-órdenes lemuroides, acaso tárvidos, y antropoides. 2o. Los antropoides tienen dos grupos: platirrininos (del nuevo mundo) y catarrininos (del antiguo continente). Los catarrininos tienen cuatro familias: cercopitécidos, hilobátidos, súnidos o monos antropomorfos, y homínidos que son propiamente los tipos del hombre fósil y el hombre actual. Los homínidos más antiguos hasta hoy encontrados son: el pitecántropo erecto de Java y el sinántropo pequinense de China. A caso deban añadirse el australopiteco africano y el extraño hombre de Piltdown o eoántropo dausonianiano. Pero éstos son tipos extravagantes, y la verdadera serie, que tal vez comprende al sudafricano hombre de Rodesia, debe establecerse así: pitecántropo —sinántropo— neandertalense. El neandertalense es nórdico con respecto a los otros dos, posterior a ellos y habitante de climas fríos. Son todos tipos infrahumanos y la ciencia los considera más bien como procesos interrumpidos, concediendo en cambio los honores de la ascendencia segura al "homo sapiens", tal vez bifurcado del neandertalense en el hombre de Palestina pero llamado a la definitiva perduración. Es especie tropical de climas templados, y es posible que haya contribuido a exterminar al de Neandertal, que no le aparecía como un semejante.

El biólogo L. Bolck piensa que en la definitiva configuración física del hombre han ejercido influencia determinante ciertos elementos orgánicos (hormonas retardatorias) cuyo efecto ha sido una retardación del proceso animal y su consiguiente y mayor perfeccionamiento. Así, entre todos los mamíferos, el hombre tiene una preparación más lenta durante la etapa infantil, una estabilidad más duradera en la edad adulta, y una conservación más dilatada, de vida puramente somática, cuando sobreviene la desaparición de sus facultades reproductivas. La cabeza del hombre parece detenida en el estado fetal, habiéndose atajado en el embrión el desarrollo de las mandíbulas, sin llegar hasta el cabal hocio de los mamíferos superiores o al extremo de la forma simiesca. (L. Bolck. La "humanización" del hombre, en *Revista de Occidente*, Madrid, diciembre de 1927 y enero de 1928.)

Conviene recoger una observación fríamente científica, aunque resulte repulsiva. Pues de todo ha habido, bueno y malo, para llegar a modelar la estatua humana. "Y titubeo en exponer aquí, aunque sea en forma de pre-



gunta, una idea que se me ocurre siempre que reflexiono sobre este punto: ¿No es posible que la antropofagia haya desempeñado un papel importante, que haya sido un estímulo para la evolución superior de la humanidad? ¿No están más retardadas aquellas razas cuya alimentación se compone principalmente de elementos vegetales? ¿No está comprobado que la cultura superior comienza precisamente en las razas cazadoras de tiempos remotos?" (L. Bolck.) Esta sugestión ha de acogerse con todas las reservas con que la propone el sabio holandés, y en ningún caso autoriza para prescribir deberes feroces al hombre civilizado actual, ya biológicamente integrado, como lo hacen los que interpretan a Spengler ridículamente cuando, por el estudio de ciertos caracteres animales de origen (manos prensiles, ojos de frente para fascinar a la víctima, etc.), se creen autorizados a concluir que el hombre tiene el deber de portarse como animal de presa. Según esto deberíamos vivir en cuevas.

El filósofo caníbal brasileño explicaba: "Muerto mi enemigo, prefiero comérmelo a que se desperdicie... El mal no está en ser comido, sino en morir. Muerto yo, me da lo mismo que me coma o deje de comerme el enemigo de mi tribu." Y Montaigne, al asomarse a estas costumbres exóticas, confesaba que, más monstruoso y bárbaro todavía que el devorar al prójimo, era el torturarlo hasta la muerte con pretextos piadosos, como en su tiempo lo hacían los pueblos civilizados. Hoy lo hacen sin pretexto alguno: por el honor de la crueldad. Cuando se descubre que es más provechoso hacer trabajar al prisionero que devorarlo, el canibalismo evoluciona hacia la esclavitud.

A este respecto, recuérdese cierto pasaje de Herodoto (III, 38). El monarca persa Cambises, a ratos loco arrebatado y a ratos frío escéptico, se divertía en enfrentar a

los filósofos de la India y a los de Grecia, para que se escandalizaran mutuamente describiendo sus respectivos ritos funerarios: tan espantoso resultaba a los indos el incinerar el cadáver del padre, según la piadosa costumbre helénica, como a los griegos el devorar el cadáver del padre, según la piadosa costumbre indostánica.

3. Cultura paleolítica

Sobre la base física se desarrolla el mínimo de maduración mental indispensable para que el hombre pueda considerarse verdaderamente humano. Pues la primitiva existencia humana es casi animal. Se reduce al ataque y defensa ante el ambiente, la fauna y aun los semejantes sean adversarios individuales, sean grupos hostiles o masas supernumerarias no incorporadas. Es vida de cuevas y abrigos rudimentales, armas e implementos embrionarios, que quedan en yacimientos subterráneos donde los ha ido enterrando el polvo que todo lo borra. La base del instrumento primitivo es la imitación del mundo natural que rodea al hombre, de donde brotan inspiraciones, sobre todo ante la contemplación de lanzas, bastones y toldos vegetales, y de las armas con que nacen provistas las bestias, picos, garras, etc. Pero si el animal es prácticamente estable, el hombre es visiblemente progresivo, y esta celeridad de su existencia social es el fermento de la historia.

La transformación de los grupos humanos cede a dos impulsos: la indagación y la imaginación, la lógica y la poesía, que se complementan en el proceso. La indagación resulta de la duda, del sentido problemático, y tiene una base doble: la base natural o ecológica, que plantea la cuestión de encontrar el equilibrio saludable entre el individuo y el ambiente, datos ambos en movimiento y cambio; la base cultural, que se refiere a la comunicación y tradición social de las conquistas aseguradas de que el lenguaje es ejemplo máximo e instrumento por excelencia. La imaginación, entendida a la vez como recuerdo, presentimiento de esperanza e invención gratuita, cuyas primeras manifestaciones son la atribución de un sentido humano a las cosas, o antropomorfismo, y el descubrimiento de realidades invisibles (ya por las imágenes del sueño o por percepciones sensoriales de cierto orden como ruidos, olores, cabeceo de los árboles en el viento), enriquece el proceso de la indagación y poco a poco se desprende hasta vivir por sí misma. De aquí lo literario difuso en el espíritu y, después, la literatura: primero la indecisa materia prima, y luego su fijación en formas verbales que comienzan por ser mnemónicas y habladas y, tras un proceso secular, llegan a ser gráficas. Orales o gráficas, son depósito para la conservación de las instituciones que van dando reglas a la sociedad.

Los utensilios y armas primitivos eran de madera, de hueso, y los preferibles, de piedra. Se usaban unos martillos primitivos o manos de mortero, hachas de mano amigdaloides o en forma de grandes almendras, cuchillos, cinceles, punzones, lanzas y picas. La piedra es apenas desbastada, de donde el nombre de Edad de la Piedra Pulida. En centenares de años se descubren evidentes pro-

gresos. El primer aderezo de la cueva surge del anhelo de comodidad y adorno. El sentimiento estético es una forma difusa de la actividad espiritual, y hasta un molde de todas las percepciones humanas, aunque lentamente se especializa en las bellas artes y en las bellas letras. Los primeros dibujos que el primitivo graba en los muros de sus cuevas representan animales y escenas de cacería, a veces por placer, a veces por conmemoración de fastos gloriosos y sin duda al mismo tiempo por una idea de apoderamiento mágico del objeto dibujado.

El alba del espíritu es la conciencia de la propia vida, cuando el hombre vuelve los ojos sobre el misterio de su existir y se interroga. Algunos investigadores poéticos creen ver una interrogación semejante en los animales superiores, sobre todo cuando se enfrentan con el hombre en suerte de domesticidad y no ya de combate. Para el hombre, este reflexionar llega a confundirse con la esencia de su existir. Por eso dijo Descartes: "Pienso, luego existo", y Cicerón, muchos siglos antes: "Vivir es pensar." (*Cuestiones tusculanas*). Y tal vez se inspiraba Gracián en este pasaje cuando hacía exclamar a su hombre solitario: "¿Qué es esto, decía, soy o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas, si soy, ¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado este ser y para qué me lo ha dado?" (*El Criticón*). El hombre es el Segismundo de Calderón que, atado a su destino, se devana a fuerza de preguntas y compara su estado de libertad natural con el de los demás entes de la creación, "un cristal, un pez, un bruto y un ave".

Libertad y dependencia, he aquí la primera y última antinomia. En los albores de la conciencia humana aparece este sentimiento: nuestra dependencia de algunos poderes superiores. Estos, primero, son tangibles: meteoros, agentes y fenómenos naturales que escapan a nuestra voluntad y, por eso mismo, nos someten en cierto grado. La imaginación contribuye luego sus cosechas de entes invisibles. El instinto defensivo viene a fertilizarla. Y así nace paulatinamente la religión, desde los ritos propiciatorios inconexos, pasando por los burdos sistemas de dominio mágico, hasta la plegaria y, en fin, la adoración desinteresada. Se asciende del grosero animismo al dios filosófico, recorriendo todas las etapas intermedias fetichistas, supersticiosas y eclesiásticas. Dan testimonio de ello las posturas rituales de los cadáveres enterrados entre objetos y utensilios juzgados indispensables para la otra vida, los amuletos y estatuillas de las primitivas moradas, las supervivencias que aún se encuentran en grupos humanos no evolucionados. Y nótese que ya el hombre de Neandertal, apenas hombre, parece que practicaba ritos de enterramiento.

"La curiosidad o afición al conocimiento de las causas nos lleva de la consideración del efecto a la investigación de la causa, y a su vez a la causa de la causa, hasta que necesariamente se llega, en definitiva, a pensar que hay alguna causa de la que no puede existir otra causa anterior si no es eterna: lo que los hombres llaman Dios. Así, es imposible hacer una investigación profunda en las leyes naturales sin propender a la creencia de que existe un Dios eterno, aun cuando en la mente humana no puede

haber ninguna idea de El que responda a su naturaleza. En efecto, del mismo modo que un ciego de nacimiento que oye a los demás hablar de calentarse al fuego, conducido ante éste puede fácilmente concebir y asegurarse de que existe algo que los hombres llaman fuego, y que es la causa del calor que siente, pero no puede imaginar qué cosa sea, ni tener de ello en su mente una idea análoga a los que lo ven, así por las cosas visibles de este mundo y por su orden admirable puede concebirse que existe una causa de ello, lo que los hombres llaman Dios, y sin embargo, no tener idea o imagen de él en la mente. Y quienes se preocupan poco o nada de las causas naturales de las cosas, temerosos por lo menos de su ignorancia misma acerca de lo que tiene poder para hacerles mucho bien o mucho mal, propenden a suponer o imaginar por sí mismos diversas clases de poderes invisibles, y están pendientes de sus propias ficciones, invocando a esos poderes en tiempos de desgracia, y mostrándoles su gratitud cuando existe perspectiva de éxito; así hacen dioses de las creaciones de su propia fantasía. Por eso tenía que ocurrir que, de la innumerable variedad de fantasías, los hombres crearan en el mundo innumerables especies de dioses. Y este temor de las cosas invisibles es la semilla natural de lo que cada uno en sí mismo llama religión, y en quienes adoran o temen poderes diferentes de los propios, superstición. Y habiéndose observado por muchos esta simiente de religión, algunos de quienes la observan propendieron a alimentarla, revestirla y conformarla a leyes, a añadir a ello, de su propia invención, alguna idea de las causas de los acontecimientos futuros, mediante las cuales podían hacerse más capaces para gobernar a los otros haciendo entre los mismos el máximo uso de su poder." (Hobbes, *Leviatán*, trad. M. Sánchez Sarto. México, Fondo de Cultura Económica, 1940, págs. 85-86.)

Defendámonos de la tendencia a menospreciar lo que hoy es obvio y en su día fue un adelanto genial: el número, la palabra, el uso del fuego, etcétera. Comencemos por la conquista del fuego, acaso la más portentosa del hombre primitivo, y aun del infrahombre, puesto que en la cueva del sinántropo pequinense hay "señales inequívocas del uso del fuego". (Linton.) Medítese lo que significa este descubrimiento en la época de los desbordes glaciales del norte al sur, desbordes que diezmaron la raza humana y ponen término al paleolítico.

"Resulta extraño que los orígenes del uso y producción del fuego no hayan sido objeto de especiales averiguaciones. Es seguro que los fabricantes de eolitos, los más antiguos y embrionarios instrumentos de pedernal, inevitablemente sacaron chispas de la piedra, puesto que su manufactura era de percusión y no de frotamiento. El método de frotamiento sólo aparece en el período de la cueva llamado musteriano. La percusión hizo al artista enfrentarse con la forma más difícil y menos utilizable del fuego. Imposible pensar que a primera vista se haya descubierto la identidad entre la chispa y el fuego que aparecía, por ejemplo, en los incendios de los bosques, fenómeno hartamente frecuente en la Edad de Piedra, cuyo clima era tropical. El genio que por primera vez descubrió esta conexión puede ser comparado con el que por primera vez asoció la cópula con el nacimiento de un hi-



jo, inferencia que todavía no alcanzan muchas tribus retrasadas de nuestro tiempo. Tal vez aconteció que alguno rompía pedernales junto al musgo seco y, sin querer, encontró la yesca natural. Los documentos arqueológicos, mucho más fidedignos que estos atisbos "a priori", demuestran que alguien había ya descubierto las propiedades ígneas de las piritas de hierro. Este mineral, que aparece en nódulos y cristales brillantes, bien puede atraer a cualquier niño o salvaje. Varias piezas se encuentran en las cavernas, entre los yacimientos paleolíticos. Es de creer que se las usaba para obtener fuego. Aun así, la etapa de la yesca y el pedernal, que apenas hemos superado recientemente, no resuelve de una vez el problema del alumbrado permanente, a menos de mantener una hoguera constante. Pronto algún espíritu inventivo de aquella edad descubrió que el aceite animal puede alimentar una mecha. En efecto, en las cuevas paleolíticas hay lámparas de piedra con recipientes para el combustible líquido. Otra demostración de que en las cuevas había lámparas o, al menos, teas durables, nos la proporciona el hecho de que aparezcan pinturas en los rincones más profundos adonde no llegaba la luz del día. Y tales pinturas deben de haber requerido mucho tiempo, y por consecuencia, luz artificial. Chispa, yesca y lámpara son las tres etapas del invento. No es asombroso que hayan necesitado varios miles de años... Es seguro que el primer tipo de hombre hasta hoy conocido, el *Homo Sianthropus*, cuyos vestigios se encontraron en Chou Kou Tien, cerca de Pekín, en 1929, usaba ya el fuego, a juzgar por los rastros de sus utensilios." (Stanley Casson, *Progreso y catástrofe*, cap. II.)

Los griegos expresan todavía el asombro con que la mente humana consideró el descubrimiento del fuego voluntario. Lo veían como una conquista tan enorme, que venía a ser una extralimitación o "hybris" de los poderes asignados al hombre por la voluntad de la naturaleza, una ruptura de los cánones establecidos por el orden divino. En tal concepto, semejante descubrimiento merecía un castigo celeste. De aquí el mito de Prometeo, robador del fuego de los abismos, que entregó a los hombres su secreto y que fue condenado a ser devorado en vida por el buitre de Zeus.

En la tragedia de Esquilo, Prometeo, encadenado a la roca del Cáucaso por la Fuerza, la Violencia y el divino herrero Hefaios, se lamenta en términos que vamos a transcribir, aunque signifiquen una anticipación literaria a la época que consideramos, pues es el más viejo e ilustre testimonio del caso.

"¡Oh divino éter y aligeras auras y fuentes de los ríos y perpetua risa de las marinas ondas; y tierra madre común, y tú, ojo del sol omnividente: yo os invoco! Vedme cuál padezco, dios como soy, por obra de dioses. Contemplad cargado de qué oprobios lucharé por espacio de años infinito. Tal infame cadena tuvo para mí el nuevo rey de los felices. ¡Ay, que lamento el mal presente y también el futuro! ¿Cuándo asomará el término de mis penas? Mas ¿qué digo? Cuanto ha de suceder bien lo sé de antemano; ningún mal inesperado me avendrá. Forzoso me es llevar mi destino lo mejor que pueda, como quien conoce que el rigor del hado es invencible. Con todo ello,

ni puedo hablar de mis desdichas ni soy poderoso a callarlas. Sin ventura yo, que dispensando favor a los mortales, sufro ahora el yugo de este suplicio. Tomé en hueca caña la furtiva chispa, madre del fuego. Lució, maestro de toda industria, comodidad grande para los hombres. Y de esta suerte pago la pena de mis delitos, puesto al raso y en prisiones." (Trad. F. Segundo Brieva Salvatierra.)

Y luego se nos explica que el "nuevo amo" del Olimpo quiso destruir la raza humana (¿por el hielo acaso y los diluvios?) y que Prometeo la amparó, dándole por arma principal el fuego, del que han de nacer artes incontables y comodidades de la vida. Tal parece que el viejo poeta quisiera recordar vagamente la tradición de algún cataclismo, de algún acontecimiento inusitado, que equivale a un "orden nuevo" en las condiciones del mundo físico, desequilibrio en el cual los hombres lograron sobrevivir gracias al prodigioso invento. Esta interpretación geológica del mito no agota todo su sentido, pero no creemos que sea desatinada.

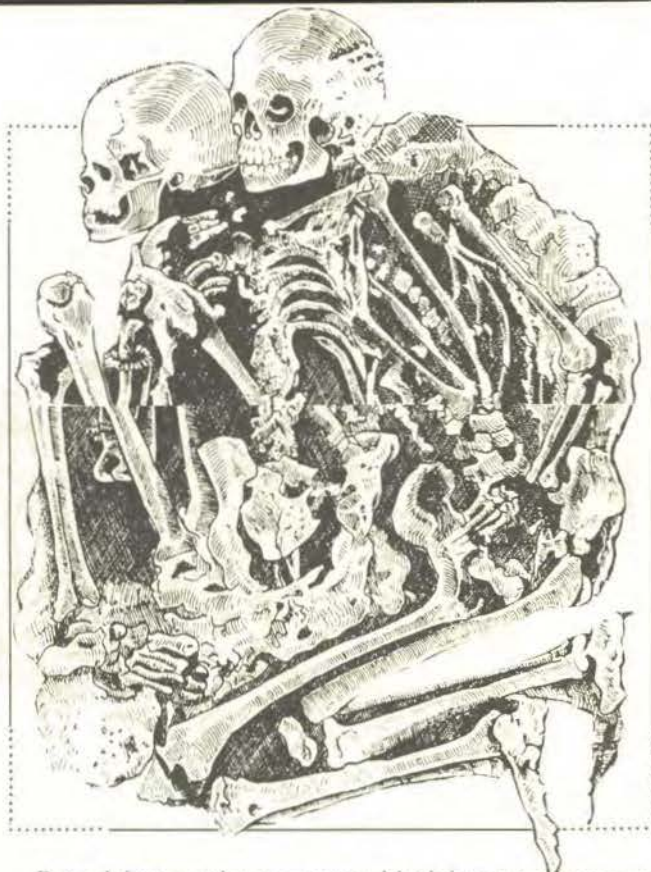
4. Cultura neolítica

Continúa en este período la lucha por la mejor defensa y el mejor sustento, lo cual desarrolla las técnicas y la cultura. La Piedra Pulida que ahora muestran los yacimientos es más aguda y filosa. Véase una supervivencia en el afilador que suele recorrer las calles anunciándose con su silbato, y cuya técnica data de hace unos diez mil años. El mango de palo se inserta en la pétrea mole del hacha o mazo, gran invento analítico de la empuñadura, comparable a lo que será el asa para el jarro. He aquí ya el arco y la flecha; dagas, leznas, sierras, escoplos, las más veces de piedra pulimentada y otras veces de hueso. He aquí la primitiva alfarería de barro cocido, que un día inspirará la industria del pan. He aquí la candorosa agricultura de la cebada, el trigo, el mijo, el lino y la lenta domesticación de otras plantas útiles. Los tejidos de fibra, de antiguo usados en las cestas, comienzan a extenderse al lino y a la lana, lo que permite complementar y aun sustituir los toscos abrigos de cuero y pieles crudas. El animal viene a vivir con el hombre, sobre todo para ser empleado en el arado y la carga.

Todavía los ritos arcaicos nos permiten apreciar hasta qué punto el toro, que convive en el hogar humano y come los alimentos del hombre auxiliándolo en sus faenas, guarda con la tribu una relación sagrada y entendida como vínculo consanguíneo. Cuando es necesario sacrificar al toro, la sangre derramada exige como la sangre humana una venganza —aunque sea simbólica— y una purificación ulterior. Iguales prácticas se encuentran en la Grecia arcaica o entre las tribus semíticas y entre los tudas de la India meridional. Muchas veces se prefirió al animal salvaje para los sacrificios, y otras se escogió al animal doméstico, por lo mismo que se lo honraba y deificaba en sí mismo, criándolo y nutriéndolo (antes de que se llegara a la nítida idea de un dios personal y distinto) para que su vigor natural engendrara por su sola virtud la fuerza de la tribu. Se supone así que el animal desea morir para los suyos, para sus hermanos los hombres.

“Sobre esto hay un pasaje clásico en Teofrasto, donde se describe el festival ateniense llamado ‘bouphonia’ o sacrificio del buey; el cual suponía un ritual muy elaborado para la absolución de los varios actores que participaban en la ceremonia de la matanza del amigo. El matador tiene que huir para salvar su vida. Todos los que intervienen en el hecho son sometidos a juicio por asesinato. Primero se juzga a los que acarrearón el agua para afilar las armas, pero ellos sólo responden de haber acarreado el agua, ellos no aguzaron hacha ni cuchillo. Después se acusa a los afiladores y ellos entregan a los que de ellos recibieron las armas afiladas. Estos, a su vez, entregan al que abatió a la víctima con el hacha, el cual se descarga sobre el que la degolló. Este acusa al cuchillo que, declarado solemnemente culpable, es arrojado al mar. Y además de esto, se ha hecho un arreglo imaginario para convencerse de que el buey se ha dirigido al altar por propia y libre decisión y ha comido los granos del sacrificio, mostrando así su deseo de ser victimado. Y todavía después, la res es rápidamente rellenada, parada en las cuatro patas y uncida al arado como si nunca se la hubiera tocado: todo fue un mal sueño.” (G. Murray, *El desarrollo de la épica griega*, III.)

Todavía el poeta labriego Hesiodo, que habla del buey con una ternura familiar, concentra en tres bienes la felicidad: “Arréglate para tener una casa, una mujer y un buey de labor; una mujer comprada, no esposa, que pueda seguir a los bueyes.” (*Los trabajos y los días*, 405.) La mujer detrás del buey, como su auxiliar y complemento. Y aunque en Homero, singularmente en los campos de batalla, los héroes de la *Iliada* proceden a las matanzas de bueyes con cierta belicosidad sanguinaria, cuando han sido devueltos a sus costumbres hogareñas ponen máxima dulzura y unción en el sacrificio. Como Atenea se ha dejado ver por Pilos, en casa del viejo Néstor, éste considera indispensable honrarla y acaso de buena política renovar el vínculo entre el hombre y la divinidad mediante un sacrificio sagrado: “Que me vaya uno sin demora al campo a buscar una vaca y que a toda prisa me la traiga el boyero; que me llame otro a la gente que tripula el barco negro del bravo Telémaco y sólo queden dos de guardia; que un tercero convoque al dorador Laertes para que nos dore los cuernos de la res. Y vosotros, todos aquí, nadie se me disperse; y que avisen a las mujeres en sus aposentos para que dispongan los aprestos, y traigan asientos y leña y agua de la más pura.” (*Odisea*, III, 420 y ss.) Todo se hace como ha sido mandado. El dorador se esmera, el boyero acerca a la víctima. El agua lustral es traída en la jofaina de las flores, lo mismo que la cesta de cebada. Uno se apronta con el hacha y el otro con las cubas para la sangre. Néstor derrama el agua lustral y cebada, e invoca a Atenea que todo lo ve satisfecha; arranca unos pelos de la res que tira al fuego, entre las oraciones de todos. El hacha ha trozado ya las vértebras del cuello, y cuando la bestia cae exánime, se alzan los clamores sagrados de las hijas de las nueras, y de Euridice, la vieja reina, primogénita entre los retoños de Clímenes. Y así continúa la ceremonia entre libaciones y comuniones, mientras se asa la carne atravesada por astas que los oficiantes sostienen a dos manos.



Pero dejemos tales escenas ya históricas y volvamos al vetusto relato. Del nomadismo cazador se ha pasado, pues, a la agricultura sedentaria, y la vida comunal recibe fomento apreciable. Se edifican grupos de casas ya al abrigo de las rocas en los precipicios, o ya en plataformas con palizadas o sobre palafitos como los descubiertos en los lagos de Suiza. Todo para la mejor protección del grupo contra los agentes naturales, las fieras o las tribus adversas.

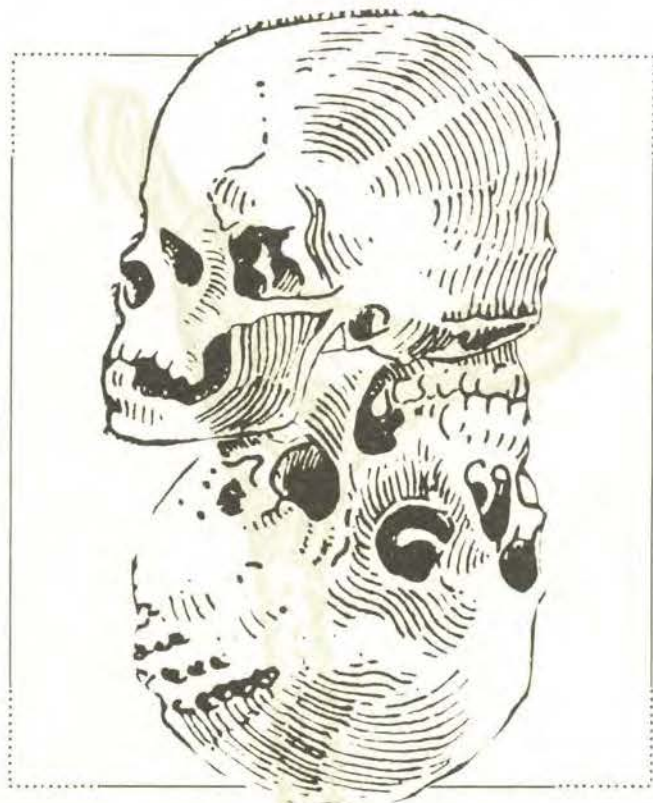
Del paso del nomadismo a la edificación lacustre tenemos ejemplos tardíos en Venezuela (lago Maracaibo) y en México. Creemos que la leyenda del oráculo que condujo a los aztecas a fundar su gran Tenochtitlán en medio de los lagos debe ser interpretada a la luz de las consideraciones defensivas. La larga emigración de norte a sur, cortada por algunas estaciones en el camino, parece significar que los aztecas eran rechazados de todas partes por los pueblos ya establecidos. Si en efecto descansaron en Mazatlán, no es creíble que la naturaleza sola los haya expulsado de tan placentera comarca. Se diría que tuvieron que buscar afanosamente la tierra de nadie, la que nadie quería por pantanosa y difícil. En la lucha por domeñarla, la nación adquirió aquella musculatura guerrera que luego le permitiría alzarse con un grande imperio. En las narraciones de Fray Diego Durán (*Historia de las Indias de Nueva España y las Islas de Tierra Firme*, siglo XVI) se recoge la leyenda sobre la fundación de la ciudad lacustre, oímos la arenga del jefe sacerdote contando a su pueblo la revelación que en sueños ha recibido y vemos a los hombres lanzarse a buscar, entre charcas, tulares, espadañas y carrizales, el peñón donde ha nacido el tunal brotado del corazón del jefe enemigo, y donde ha de posar el águila de los destinos. Encontrado el augurio, se fabrica en torno un asiento cuadrado y

una tosca ermita de fango y paja "que cogían de la misma agua, porque de presente no podían más".

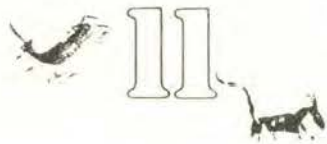
Volvamos al hombre neolítico. Las primeras agrupaciones de moradas no sólo requieren defensas naturales, sino que se acompañan con defensas mágicas y por otra parte suponen ciertas fuerzas de cohesión que hoy nos parecen verdaderas anomalías. Así como —en época más remota— la anomalía del canibalismo pudo contribuir a la paulatina determinación de la forma humana, otro equívoco de las costumbres pudo favorecer, dentro del grupo, el desarme de la ferocidad primitiva. "Aun la predominancia de cierta anomalía en las costumbres puede encontrar su etimología en algún proceso previo de la historia. Se ha afirmado que, en los orígenes sociales, la homosexualidad de los machos puede haber obrado para mitigar los celos destructores por la disputa de la hembra, y la estela puede seguirse hasta los hábitos espartanos y la organización de las huestes de Epaminondas... Acaso la patria de Coridón sea Neandertal. Se ha atribuido al antecedente del matriarcado la modalidad erótica a que Lesbos ha legado su nombre." (A. Reyes, *El Deslinde*, III, 10.)

Las defensas mágicas aparecen relacionadas con el culto del tótem o animal sagrado de la tribu, y con las oscuras luchas y conspiraciones de los grupos varoniles contra el primitivo dominio del matriarcado. El matriarcado es otra de las fuerzas cohesivas a que nos hemos referido, y aunque destinado a la derrota, deja como herencia en el estado varonil la asamblea familiar o reunión por vínculos de sangre reales o artificiales. De la lucha contra el matriarcado queda un eco en *Las Euménides* de Esquilo. Allí, defendiendo a Orestes, vengador de su padre y matador de su madre, dice Apolo: "No es la madre engendradora del que llaman su hijo, sino sólo nodriza del germen sembrado en sus entrañas. Quien con ella se junta es el que engendra. La mujer es como huésped que recibe en hospedaje el germen de otro y le guarda si el cielo no dispone otra cosa." Y el coro, que habla en nombre del antiguo régimen del mundo, exclama: "Tú derribaste todo el edificio de las antiguas leyes..."

"Uno de los fenómenos más curiosos en la historia de la civilización es el matriarcado, cuya existencia fue desconocida hasta la segunda mitad del siglo anterior. Ya el más antiguo de los historiadores, Herodoto, 'padre de la historia', habla de estados o señoríos de mujeres (ginecocracias), las legendarias repúblicas de amazonas. Y también refiere las extrañas costumbres de determinados países, como Licia y Egipto, donde aparece invertida la división del trabajo entre los sexos, y donde no llevaban los hijos el nombre del padre, sino el de la madre. En aquellos países dedicábase el hombre principalmente a las labores domésticas, mientras la mujer ejercía su actividad fuera del hogar. Estas cosas se consideraban como curiosidades históricas, excepciones misteriosas de la común norma social. Tanta mayor hubo de ser la impresión que produjo la obra del jurista basileense y fundador de las investigaciones sobre derecho comparado, Juan Jacobo Bachofen, intitulada *El matriarcado* y publicada en 1861. Con aplicación verdaderamente



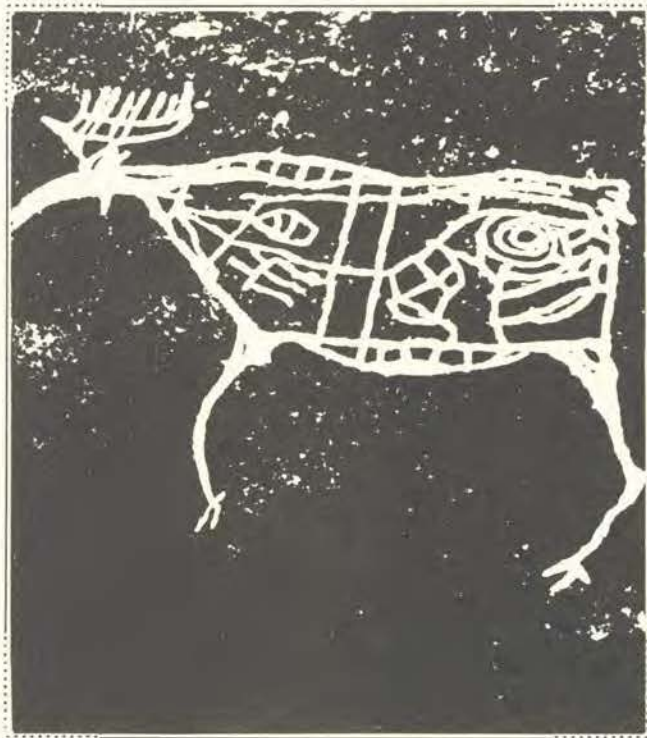
asombrosa había tenido en cuenta Bachofen todas las referencias de contenido mitológico que acerca del tema se encuentran en la literatura grecolatina. Sobre el cimiento de este inmenso material, depurado con genial agudeza, afirmó Bachofen su teoría del matriarcado. Según ella, la humanidad vivió primitivamente en comercio sexual irregular (teoría de la promiscuidad). En las hordas de la humanidad primitiva mezclábanse al principio hombres y mujeres obedeciendo al capricho y a la ocasión. No existía la familia paterna de nuestros días; antes bien la promiscuidad produjo la familia materna, ya que la paternidad era desconocida o incierta, mientras que la maternidad estaba documentada en la evidencia del parto. Según Bachofen, ésta es la causa de que todos los pueblos y razas hayan pasado primero por la promiscuidad primitiva, y luego por la fase de la familia materna, del matriarcado. Esta fase, empero, coincide con la de los mitos y la adoración de espíritus y demonios; es una fase de salvajes instintos primordiales, y al mismo tiempo, llena de un simbolismo fantástico y de un acentuado arraigo en la tierra. Por entonces surgió la primitiva deidad maternal, la Tierra omnimaternal, en la forma de Deméter y otras diosas análogas. Tras larga lucha, que se refleja en algunos de los mitos más conocidos como la fábula de Orestes, erigióse sobre el matriarcado el patriarcado, que estableció un orden social más elevado, sustituyendo la razón al instinto. Con ello efectúa la humanidad el tránsito del amanecer del mito al resplandor claro de la historia. Y en el lugar de la deidad omnimaternal y de los temibles demonios de la noche, hizo su aparición Febo-Apolo, el dios del sol y de la luz." (P. Krische, *El enigma del matriarcado*, tr. R. de la Serna, Madrid, *Revista de Occidente*, 1930. Introd.) Esta



teoría fue luego popularizada por Morgan e importada por Engels a la sociología socialista. Después ha sido recortada en sus excesivas ambiciones, pues no parece que el proceso haya sido siempre igual ni en igual sentido, y aun hay quien crea demostrar que ha habido en distintos grupos oscilaciones y alternativas, de que el feminismo contemporáneo sería el último eco. Frecuentemente, los antropólogos han caído en la extralimitación de conceder el orgulloso nombre de matriarcado a la mera autoridad interna y familiar que por obvias razones siempre se ha reconocido a la mujer sobre los hijos de corta edad, autoridad que siempre también fue compatible con el sometimiento al hombre, en todo lo que afecta a la organización del grupo social.

En cuanto a la función de la magia en aquella sociedad primitiva, y tras de rendir un tributo a las magistrales investigaciones de Lévy-Bruhl, autoridad suma en cuanto afecta a las formas de la mentalidad naciente, Weber resume así las actuales conclusiones científicas:

“Pero ¿qué es lo que entendemos por magia a este respecto? No se crea en manera alguna que mediante esta palabra vamos a entenderlo todo ya, sin más; es decir, no se crea que con esta palabra vamos a entender en seguida por qué los primeros pueblos matriarcales, cultivadores de plantas; aparecen en todas partes en un peculiar sistema exogámico de dos grupos, independiente del parentesco; ni tampoco que vamos a entender por qué domina desde el comienzo entre esos pueblos la práctica de la caza de cráneos y del culto a las calaveras, a lo cual se liga además frecuentemente el canibalismo, así como las danzas de máscaras que se derivan de dicho culto a las calaveras. Es posible que otras características puedan ser hechas comprensibles de modo racional, sin



más (por ejemplo, las ligas secretas de los hombres, en los territorios donde impera el matriarcado, como reacción contra la influencia ginococrática); es posible también que el culto al sol, propio de los cazadores de régimen patriarcal, así como el culto a la luna propio de los plantadores sometidos a matriarcado, puedan ser aclarados directamente. Pero en cambio el totemismo característico del derecho de los pueblos cazadores, junto con todos los fenómenos sociales y con todas las supersticiones ligadas a él, es decir, la cerrada y tabuística agrupación del clan bajo un tótem, del cual se desciende, lo mismo que otras cosas parecidas, es algo que escapa a nuestra comprensión, ni más ni menos que lo que ocurre con el canibalismo o con el culto a las calaveras. Y no obstante, ese totemismo, así como también el conjunto de todas las demás supersticiones enigmáticas, está ahí desde centenares de miles de años antes de nuestra época; podemos decir que está ahí en la medida en que podemos conocerlo por los datos depositados, fijados y transmitidos en monumentos, en cosas legadas y en documentos. Se trata precisamente de fenómenos que se presentan con una enorme constancia histórica. Pues bien, en su gran masa, aquellos fenómenos cuya esencia no puede ser comprendida racionalmente son designados, de modo enteramente oscuro, como magia. A pesar de la copiosa literatura sobre este tema, no ha habido hasta ahora ningún camino racional que haya conducido a entender cabalmente la maraña de la estructura social de los primitivos; sus vínculos totemísticos, no sólo con animales sino también con piedras y árboles, sus fantásticas formas matriarcales y sus usos, sus deformaciones dentales (y *craneanas*), las narices taladradas, las desfiguraciones de los labios, los tatuajes de cicatrices, la covada (o *echada del hombre mientras la mujer está encinta*) y otras mil costumbres, que se nos antojan como disparatadas para nuestro intelecto, pero que para ellos poseían un profundo sentido.” (A. Weber, *Historia de la cultura*, tr. L. Recaséns Siches. México, Fondo de Cultura Económica, 1941, págs. 27-28.)

La estabilización preurbana desarrolla las instituciones regulares y organiza el grupo bajo la obediencia de un jefe: orígenes del gobierno. Mas por entre los grupos sedentarios circulan los residuos de cazadores nómadas, perturbando la tranquilidad de los primeros establecimientos y sobresaltándola con sus costumbres feroces, y también los pastores nómadas en busca de alimento para sus ganados, ya lo brinde el suelo de suyo o ya lo arrebatan a los primeros pueblos agricultores. De tiempo en tiempo, se les verá, en la historia, caer codiciosamente sobre las fundaciones ajenas, o mantenerse junto a ellas como excrescencias irregulares y más o menos parasitarias, en tanto que sobreviene la expulsión y emprenden nuevos y fatigosos viajes en busca de otras regiones, que sus profetas acabarán por presentarles como tierra prometida, a la que tienen derecho según ciertos pactos con la divinidad.

Según el temperamento de los hombres y aun de las culturas, se tiende a buscar un desquite contra los errores de la vida actual en la contemplación del pasado o en la prefiguración del porvenir, en la supuesta edad de oro

del candor primitivo, o en la esperanza utópica. Seguramente que la ciencia nos presenta el mundo de los primeros hombres como un verdadero infierno. Pero la vieja tradición humanística, no sólo en sus manifestaciones poéticas sino en algunas concepciones sociológicas, tal la teoría del "buen salvaje" popularizada por Rousseau, ha tendido a concebir la infancia de la humanidad como un verdadero paraíso. Daremos un ejemplo de la objetividad medieval, y luego recordaremos otro en que la cultura renacentista se carga ya con los adornos subjetivos de la imaginación pagana.

"Primeramente los homnes no creíen en Dios nin tenían creencia ninguna, nin oraban a él nin a otra cosa, nin habien mujeres apartadas, nin cataban en haber hijos conogudos, nin casaban... et vivien más a maneras de costumbres de bestias que non de homnes... ca luego que habien fambre et sed comien et bebien cada que les tomaba ende sabor, como facen agora et ficieron siempre las otras animalias, que nin entienden nin han razón de se guardar ende.—Et estos homnes de aquellos tiempos et daquellas costumbres nin plantaban árboles nin aun non criaban losque fallaban plantados dotri o que se nacieron ellos por los montes nin labraban por pan nin por otra cosa ninguna, nin facien sembranza de que cogiesen dond visquiesen (*de que viviesen*). Et el su comer era de las frutas de los árboles que fallaban por los montes et de las hierbas; et lo más que facien para mantener vida era que se acogien a criar ganados et a haberlos, et bebien agua et de la leche de esos ganados; et aun estonces non sabien la natura de facer el queso.—E non vistien vestidura ninguna como los de agora; más los unos ayuntaban con hierba et con yuncos como podien de las foias et de las cortezas de los árboles et cubrien de ello si más si non las cosas vergonzosas. Los otros, de pellejas de bestias et de venados que mataban ellos o que fallaban muertos, et otrosí de sus ganados cuando murien, et vistiense de esto. Et estos aun estonces non habien casas ningunas, más moraban en cuevas et so las peñas et so los árboles o las montañas que eran muy espesas... Enpós estos homnes primeros vinieron otros, et entendien ya más las razones en las cosas... Et tomaron de las lanas de los ganados et dotros cabellos de bestias para guisar de ello de vestir, et asacaron de facer ende liñas et torcerlas con unos fustes picayos que son corvos en somo. Et ayuntando las unas con las otras et enlazándolas otrosí, texienlas con dedos et con fustes como mejor podien, así como veien enlazadas et texidas en las foias et en las cortezas et en las raíces de los árboles et de las hierbas unas venas que van por ellas et parescen a las veces... Los que esto facien por razón del vestir mesuraron que mejores moradas podien haber que las que habien, et asacaron más sobre esto et hobieron maderos que arrimaron a las peñas et a los grandes árboles et cubrienlos de los ramos de los árboles et de las hierbas, et ficieron ende como chozas en que morasen; et estas compañías comenzaron ya a labrar la tierra, et sembrar et coger dond visquiesen, et plantar árboles et comer de las carnes de las otras animalias et de las aves..." (Alfonso el Sabio, *General Estoria*, 1a. parte, III, x y xi.)

"Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío.*Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle y valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquéllos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manejo que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y su propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta... Toda esta larga arenga, que se pudiera muy bien escusar, dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada. Y

* Las palabras "mío" y "tuyo", dice San Crisóstomo, extinguieron en los corazones el fuego de la caridad.

antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los caberos que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando." (Cervantes, *Quijote*, I, xi.)

El discurso de la edad de oro, tema que parte de Hesíodo y cruza la literatura latina por Virgilio y Ovidio, está propuesto, como muchos otros soliloquios de Don Quijote, en tono burlesco y a imitación de las declamaciones escolares, llenas de adjetivos y requilorios. Pero es lugar clásico de referencia sobre los arrobamientos ante la vida primitiva.

5. Los procesos indecisos.

Primitivas estratificaciones y mentalidad primitiva

Los anteriores procesos sólo son indecisos por nuestra ignorancia, pero no por su naturaleza. En épocas relativamente determinadas cada grupo descubrió ciertas técnicas artísticas, se hizo agricultor, fundó poblaciones, etc. Y aun el remotísimo descubrimiento del fuego voluntario aconteció cierto día y a cierta hora. En cambio las evoluciones de tipo mental, normas morales, rudimentos científicos, aun cuando dejen algunos rastros materiales, conservan dentro de la vaguedad con que la prehistoria marca sus hitos una vaguedad mayor aún, primero por ser de orden algo inefable, y segundo por su lentísimo desarrollo. Es posible que el lenguaje mismo, con el fuego, haya aparecido, si quiera en embriones, desde aquellos esbozos de hombre que son la pesadilla terrible de la ciencia. Pero ¿cuándo vino a ser lenguaje? Tales son, pues, los procesos indecisos, factores determinantes en la cultura de los grupos humanos. Ahora bien, de todos los criterios intentados para valuar a los grupos humanos el único real y eficaz es el criterio de la cultura. Los demás criterios establecen estratificaciones aparentes y provisionales, que sólo se sostienen con referencia a un punto de vista limitado o a una época también limitada.

Tipo de estas falsas estratificaciones es la teoría de las razas, científicamente rechazada, y cuyo absurdo algunos tratan de escamotear por fraccionamiento en nociones de troncos étnicos, razas en un sentido relativo y castas. De este modo, dosifican el absurdo pero no lo eliminan. Pues los troncos étnicos siguen siendo una noción absolutamente mitológica, sin sentido alguno en la verificación empírica o en el rigor puro de la inferencia lógica; las relativas razas, aun despojadas ya de la antigua y orgullosa inmanencia, confiesan por definición su validez provisional y aparente; y las castas, si es que algo significan, se resuelven en la comunidad cultural, única noción consistente.

Todos admitimos que hay un tipo blanco, un tipo negro, un tipo mongólico y uno indígena americano. Pero esto de modo general, en un sentido meramente descriptivo de las realidades actuales y transitorias, y de una manera global y al mayoreo, sin afinar demasiado en cuanto a los casos individuales y a las personas, pues entonces volvemos a perdernos en el dédalo de los cruces y mestizajes incontables. Es decir, que es ello admisible para el golpe de vista del sentido común, "a ojo de buen

cupero", como dice la gente, y para sacar consecuencias de tan corto alcance que casi no sirven de nada.

Si ahondamos un poco en el problema, comienzan a aparecer las dudas.

En primer lugar, no hay un solo grupo que pueda llamarse puro y, acaso dentro de cada grupo aproximado no hay un solo individuo que responda al paradigma teórico. En segundo lugar, los cuadros de clasificación se alteran en cuanto se muda el factor determinante o dato principal que sirve para ordenarlos: color de la piel, color de los ojos, implantación de los ojos, color del cabello, textura del cabello, forma craneana, ojos faciales, labios, nariz, mandíbula, talla, disposición velloso, etc. En tercer lugar, ninguno de estos datos aislados puede dar luces sobre el estado más o menos avanzado de la evolución biológica; y la combinación de estos datos, que es lo único que encontramos en los casos reales, de tal modo neutraliza cualquier conclusión unilateral, que sólo sacamos en limpio el que todos los grupos ofrecen el mismo grado medio de evolución y son equidistantes. En cuarto lugar, la teoría de la selección social o mayor vitalidad de adaptación no concluye nada, porque cada grupo es el más apto dentro del ambiente en que se ha criado, y ningún ambiente es biológicamente superior a otro, sino que sólo caben aquí categorías de adaptación ecológica, que a la postre se resuelven en culturales. En quinto lugar, y puesto que no puede hablarse de categorías vitales, tampoco queda el recurso de apelar a una jerarquía de orden místico, que cada uno tiene igual derecho de reclamar para sí. En sexto lugar, el éxito histórico ha sido muy mudable en la historia para que lo consideremos como referencia fija, y es asunto de oportunidad y de dotación cultural. En séptimo lugar, la experiencia muestra que la oportunidad y la cultura iguales determinan también una aptitud intelectual media y nivelada. La eficiencia mental no es función de los llamados tipos étnicos, y ya el inventor de los "tests", que fue Sócrates mucho antes que Bain, puso a resolver un problema de geometría a un esclavo, por añadidura negro, para demostrar la uniformidad de las aptitudes humanas. En octavo lugar, estas estratificaciones artificiales suponen un estatismo irreal en el fenómeno humano y desconocen su genética y su dinámica. Pues, en cuanto a la génesis, ni siquiera sabemos si hubo uno o varios grupos originales, que por definición serían de familias endogámicas; pues, a poco que se vuelven exogámicas, como todas a la larga se vuelven, ya no puede hablarse de pureza. Y, por cuanto a la dinámica, sí sabemos, en cambio, que las mezclas de grupos datan de una antigüedad que hace irrisorias nuestras fotografías instantáneas del presente. Todo grupo es ya en sí una suma artificial de heterogeneidades particulares, y las mismas familias primitivas crecían, no sólo por multiplicación interior, sino por adopción de extraños. En suma, se trata de un fenómeno inconmensurable, al que no se le puede aplicar medida que no sea para fines inmediatos y relativos de propaganda patriótica o política. Y aun en este caso, la relativa determinación de los grupos resulta: lo de la convivencia en un medio, lo que por ejemplo influye sobre el carácter más aparente,

o sea la pigmentación de la piel, que es mero efecto de la actividad de los rayos solares en las distintas regiones; 2o, de la comunidad del acervo cultural que se disfruta; y 3o, de modo general, de las condiciones institucionales o históricas del grupo en cuestión.

Todo se reduce, pues, a historia y cultura; y en último análisis, a cultura; la cual, a su vez, se revierte en órdenes mentales. Según decía Freeman con muy buen acuerdo, así como de la lengua no puede concluirse la raza, pues a lo más que la lengua puede aspirar en este concepto es a establecer, a falta de datos mejores y salvo ulteriores enmiendas, una presunción de raza, así de lo que se llama raza no puede concluirse más que una posible y rectificable comunidad de sangre, y esto todavía a pocas generaciones vista. (E. A. Freeman, "Raza y lengua", en la 3a. serie de los *Ensayos Históricos*, 1879.)

Devueltos, pues, al criterio de los órdenes mentales, si tratamos de analizarlos en el primitivo, será fuerza conformarnos con el testimonio de las sociedades atrasadas que todavía existen, y desde ahí alargar conjeturas hacia el pasado. Lo cual puede ser engañoso, pues algunos grupos más que atrasados pueden ser decadentes. Hay toda una biblioteca de documentos al respecto, entroncada por decirlo así en los clásicos estudios etnográficos de Frazer e interpretada filosóficamente por Lévy-Brühl. Es difícil reducir a principios una exégesis tan compleja. Acaso y pueda intentarse así:

I. Homogeneidad esencial de todos los seres y objetos en la representación mental del primitivo, que antropomorfiza y concede virtud mística a piedras, árboles, animales y hombres, con la posibilidad de prestarse mutuamente su fuerza y sus formas y la imposibilidad de concebir nada como puramente material o puramente espiritual.

II. Sobre este plano de fondo, opera la disyuntiva entre el individuo y el grupo, imperfectamente diferenciado el primero, y el segundo sumergido íntimamente en el conjunto de la naturaleza. De que resulta la solidaridad de los individuos, incapaces de desvincularse del grupo, grupo sostenido por un genio vegetal o animal, bajo el mandato del jefe y en escala de jerarquías necesarias; la asociación casi orgánica entre los individuos del grupo con las convenciones rituales que hacen posible el matrimonio, con el principio de las venganzas, la responsabilidad colectiva, la sustitución indiferente de personas, la propiedad comunal entre vivos y muertos del grupo, la inmanencia del grupo en el individuo.

III. Términos indecisos de la individualidad, confundida con sus pertenencias inmediatas, y acción sobre estas pertenencias como si fueran la persona misma. Sombras, imágenes, reflejos son participaciones de la personalidad. Multiplicidad de apariencias y presencias del individuo, generalmente reducidas al desdoblamiento simultáneo o alternante.

IV. Disyuntiva de la vida y la muerte muy diferente de la actual, en que el niño no existe mientras no es integrado en el grupo, en que se admiten formas de muerte y renacimiento en vida, se concede al viejo perduración sobrenatural que infunde respeto, se considera la muerte

contagiosa y como mala influencia que debe neutralizarse, se admite la supervivencia después de la muerte física en un sentido todavía físico que obliga a conservar el difunto en sus propiedades o a conceder prestigio a sus reliquias, o lleva por el otro extremo a destruir los bienes del difunto, calificando de diverso modo la suerte reservada a la viuda; se cree en la posibilidad de obrar sobre el muerto mediante su cadáver, ya aniquilándolo, esclavizándolo, propiciándolo, evitando su posible maleficio o reaparición espectral en figura humana o de fieras. De aquí una extraña imagen del otro mundo como un mundo al revés, y una no menos extraña distinción entre supervivencia e inmortalidad, o la posibilidad de que el muerto muera todavía varias veces en la otra vida hasta llegar, por mutilación corpórea, a una muerte definitiva; reencarnaciones, etc.

Asomémonos un instante a la psicología comparada entre la mente humana primitiva y la actual: "La psicología arcaica no es solamente psicología de los primitivos, sino también del hombre moderno y civilizado. Pero no es psicología que estudia ciertos fenómenos de retroversión en la sociedad moderna, sino más bien de todo hombre civilizado, el cual a pesar de su altura cultural es todavía, en las capas más profundas de su psique, un hombre arcaico. Así como nuestro cuerpo sigue siendo el cuerpo de un mamífero, que contiene una serie de reliquias muy anteriores de animal de sangre fría, así es también nuestra alma un producto de la evolución, que todavía muestra infinidad de arcaísmos, si llegamos hasta sus orígenes. Desde luego, al entrar en íntimo contacto con el primitivo o al estudiar obras científicas sobre la psicología primitiva, se recibe al principio una impresión profunda de la extrañeza del hombre arcaico. Hasta Lévy-Brühl, autoridad en psicología primitiva, no se cansa en acentuar en toda ocasión esta extrañeza singular del estado prelógico de nuestra conciencia. Como hombre civilizado, le parece absolutamente inconcebible el modo del primitivo de desatender, desde luego, hechos experimentales notorios, negando las causas palpables, y que en lugar de buscar una explicación en la simple casualidad o en la casualidad racional, toma *eo ipso* sus representaciones colectivas por valederas. Bajo el nombre de representaciones colectivas comprende Lévy-Brühl ideas muy difundidas que tienen carácter de verdades apriorísticas, como por ejemplo los espectros, la hechicería, la curandería, etc. El hecho de que los hombres mueran por su avanzada edad o por enfermedades mortales es para nosotros completamente natural. Pero no lo es para el primitivo. Ningún hombre muere en su opinión por senectud. El objeto que ha habido gentes que han llegado a muchos más años. No hay hombre que muera a consecuencia de una enfermedad, pues otros muchos han sanado o no han sido afectados por ella. La verdadera explicación para el primitivo es siempre la magia. O acusa a un espíritu o a un hechicero de haber matado al hombre. Para muchos, la única muerte natural es la que ocurre en la guerra. Desde luego que para otros también esta muerte es artificial, puesto que suponen que el adversario era un hechicero o que empleó un arma hechizada. En ciertas ocasiones,

esta idea grotesca adquiere formas mucho más impresionantes. Por ejemplo, cierto día un europeo dio muerte a un cocodrilo, en cuyo estómago se encontraron dos ajorcas de tobillo. Los indígenas las reconocieron como propiedad de dos diferentes mujeres que tiempo atrás habían sido devoradas. En seguida hablaron a gritos de hechicería, y a este caso absolutamente normal, que a ningún europeo hubiera parecido oscuro, los primitivos dieron, en virtud de sus supuestos espirituales (la representación colectiva de Lévy-Brühl), una explicación completamente inesperada: que un hechicero desconocido había conjurado al cocodrilo para que se apoderara de estas dos mujeres y las llevara a él, y que el cocodrilo había cumplido esta orden. ¿Y los dos anillos en el estómago del animal? Contestaron que los cocodrilos no comen hombres sin recibir orden para ello. El cocodrilo había recibido del hechicero los anillos como recompensa. Este caso precioso es una de las pruebas de la arbitrariedad de la explicación en el estado prelógico, y evidentemente la explicación nos parece absurda. Sin embargo, nos lo parece así tan sólo porque partimos de supuestos completamente distintos. Si estuviéramos tan convencidos como el primitivo de la existencia de hechiceros y otras fuerzas secretas, como lo estamos de las llamadas causas naturales, entonces su deducción nos resultaría completamente lógica. Realmente, el primitivo no es ni más lógico ni más ilógico que nosotros. Únicamente sus supuestos son otros..." (C. G. Jung, "El hombre arcaico", en la *Revista de Occidente*, Madrid, abril de 1931.)

Inspirándose en puntos de vista muy semejantes, hay quien intenta remontar "el curso de las rutas mentales que desembocan en el pensamiento filosófico", para demostrar la continuidad del proceso entre el pensamiento lógico y el prelógico. (F. Graebner, *El mundo del hombre primitivo*.)

"Una escuela de antropólogos ha dedicado mucho tiempo y erudición a probar que los grupos incivilizados no piensan lógicamente. Esto es esencialmente cierto: el único error consiste en que otro tanto les pasa a los civilizados. Unos y otros pueden hacer uso de la lógica cuando ello les sea necesario para lograr determinados fines particulares, pero ni los civilizados ni los incivilizados hacen uso de ella habitualmente, ni, en condiciones normales, la usan para probar la consistencia mutua de los elementos de la cultura en que han sido criados. El deseo de reducir las ideas a un orden lógico probablemente está tan condicionado culturalmente como el de reducir las palabras a un orden determinado para hacer con ellas un poema. Se nos ha enseñado que la consistencia lógica es deseable, pero la mayoría de las veces tal cosa conduce sólo a que el individuo, no ya se sorprenda, sino que se resienta cuando se le señalan las inconsistencias de sus propias creencias. Después de todo, esta capacidad para la inconsistencia tiene sus ventajas. Es lo que permite a los hombres alcanzar sus personalidades integradas y al mismo tiempo sobrevivir en un medio ambiente inestable y en constante transformación. El raro individuo que sea de veras consistente en pensamiento y acción siempre será una carga para sus

amigos y, si apura esta tendencia hasta su conclusión lógica, lo más probable es que termine sus días en un manicomio." (Linton.)

6. El habla

Entre los instrumentos culturales producidos por la lenta maduración mental nos interesan particularmente el habla y la organización matemática, factores esenciales del futuro destino humano.

Con respecto al habla ha dicho Gracián, refiriéndose a la particular función del diálogo, al cambio y transmisión de ideas entre los hombres y a lo que el habla importa para la buena economía de la mente: "Es el hablar efecto grande de la racionalidad, que quien no discurre no conversa. Habla, dijo el filósofo, para que te conozca. Comunicase el alma noblemente produciendo conceptuosas imágenes de sí en la mente del que oye, que es propiamente el conversar. No están presentes los que no se tratan, ni ausentes los que por escrito se comunican. Viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos, iluminando perennemente los venideros. Participa el hablar de lo necesario y de lo gustoso, que siempre atendió la sabia naturaleza a hermanar ambas cosas en todas las funciones de la vida. Consiguense con la conversación, a lo gustoso y a lo presto, las importantes noticias, y es el hablar atajo único para el saber. Hablando, los sabios engendran otros, y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría dulcemente. De aquí es que las personas no pueden estar sin algún idioma común, para la necesidad y para el gusto; que aun dos niños arrojados de industria en una isla se inventaron lenguaje para comunicarse y entenderse. De suerte que es la noble conversación hija del



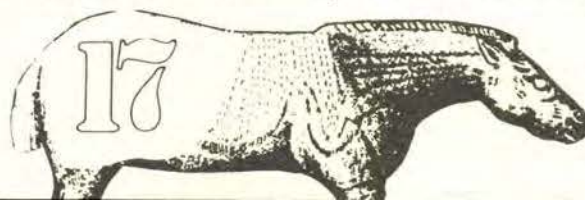
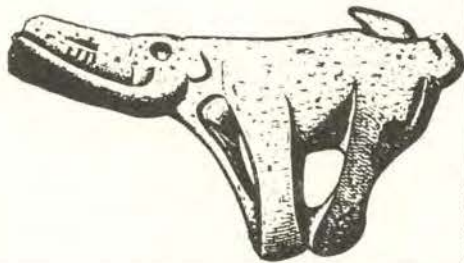
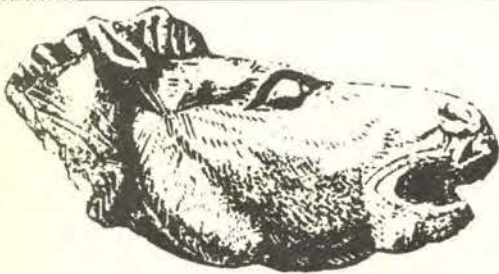
discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas." (*El Criticón*, I, 1.)

La comunicación entre los hombres se establece mediante el lenguaje, en el sentido más amplio del término, desde la intuición transmisible al prójimo en virtud de la semejanza entre los individuos de la especie, que reaccionan de parejo modo ante provocaciones semejantes, pasando por la mímica, el gesto, la señal, hasta la gran economía que significa el uso de los signos orales, y por último y en una época ya histórica, hasta la gran seguridad que significa el uso del lenguaje escrito. "El escribir, según los diálogos platónicos, no pasa de ser una diversión. La escritura, accidente del lenguaje, pudo o no haber sido; el lenguaje existe sin ella. Pero la escritura, al dar fijeza a la fluidez del lenguaje, funda una de las bases indispensables a la verdadera civilización. Al menos, lo que nosotros entendemos por tal. Cierta dosis de conservación en las cosas no parece una cláusula *sine qua non* para aceptar el contrato de la existencia." (A. Reyes, "Hermes o de la comunicación humana", en *La Experiencia Literaria*.)

"Hubo un tiempo en que los hombres andaban errantes por el campo al modo de las bestias, y hacían la vida de las fieras, ni ejercitaban la razón sino las fuerzas corporales. No se conocía la divina religión, ni la razón de los deberes humanos, ni las nupcias legítimas; nadie podía discernir cuáles eran sus hijos, ni alcanzaban la utilidad del derecho y de lo justo. Así, por error e ignorancia, el apetito, ciego y temerario dominador del alma, abusaba para saciarse de las fuerzas del cuerpo, perniciosísimas auxiliares suyas. Entonces, un varón, no sabemos quién, grande sin duda y sabio, estudió la naturaleza humana y la disposición que en ella había para

grandes cosas, con sólo depurarla y hacerla mejor con preceptos. Congregó a los hombres dispersos por el campo y ocultos en la selva, y les indujo algo útil y honesto. Resistieron al principio, pero rindiéronse después a la razón y a las palabras del sabio, quien de fieros e inhumanos tornólos mansos y civilizados.—Páreceme que la sabiduría callada o pobre de expresión nunca hubiera logrado apartar a los hombres súbitamente de sus costumbres y traerlos a un nuevo género de vida." (Cicerón, *De la invención retórica*, trad. M. Menéndez y Pelayo, lib. I.) Estas líneas valen por una descripción alegórica y abreviada del oficio y necesidad que vino a servir la palabra, y dejan presentir los pasajes de Rousseau que copiamos a continuación.

"Cuando quisiéramos conceder un hombre salvaje tan hábil en arte de pensar como nos lo pintan los filósofos; cuando, como ellos pretenden, hiciéramos de él mismo un filósofo, capaz de descubrir por sí las más sublimes verdades y fabricarse por series de razonamientos abstractos unas máximas de justicia y razón extraídas en general del amor al orden o a la voluntad reconocida de su Creador; en una palabra, cuando supusiéramos su espíritu dotado de tanta inteligencia y luces como se desee y como son la pesadez y estupidez que de hecho nos muestra ¿qué utilidad sacará la especie de tanta metafísica, si no ha de poder comunicarse y ha de perecer con el individuo que la inventó? ¿Qué progreso ganará de aquí el género humano disperso en los bosques y entre las bestias? ¿Y hasta qué punto podrán perfeccionarse e ilustrarse mutuamente hombres que, sin domicilio fijo y sin necesitarse unos a otros apenas se encontrarán en la vida un par de veces, sin conocerse y sin hablarse?—Consideremos cuántas ideas debemos al uso de la palabra, cuánto la gramática ejercita y facilita las operaciones del espíritu; y pensemos en las inconcebibles penas y en el tiempo incontable que habrá costado el primer intento de las lenguas... Como en el estado primitivo no había casas, ni cabañas, ni propiedades de ningún género, cada uno se alojaba al azar, y a veces por una sola noche. Machos y hembras se unían fortuitamente, según sus encuentros, las ocasiones o los deseos, sin que la palabra fuese un intérprete muy necesario de lo que tenían que decirse, y con igual facilidad volvían a separarse... Nótese que, estando el niño obligado a explicar sus necesidades y teniendo por consecuencia más cosas que decir a la madre que ésta a su hijo, a él correspondían los mayores gastos de la invención y que la lengua que iba empleando era sobre todo obra suya, lo que en principio multiplicaría las lenguas en los individuos que la hablan; tanto más cuanto que la vida era vagabunda y errante, lo que no daba tiempo a asentar la consistencia de los idiomas. Pues afirmar que la madre dicta a la criatura las palabras de que ha de servirse para pedirle esto o aquello es describir bien el actual aprendizaje de las lenguas ya hechas, pero no el modo como se formaron... Nueva dificultad, peor aún que la precedente: si los hombres necesitaban de la palabra para aprender a pensar, más necesitaban saber pensar para encontrar el arte de la palabra. Y aunque llegásemos a comprender cómo los sones y voces han venido a tomarse por intér-



pretes convencionales de nuestras ideas, falta todavía averiguar quiénes han sido los intérpretes de esta convención para las ideas que, no apoyadas en objetos sensibles, no podían indicarse por gestos ni por voces... El primer lenguaje del hombre, el más universal y enérgico, único de que necesitaba antes de verse en el caso de persuadir a las asambleas, es el grito de la naturaleza. Como este grito brota de una especie de instinto ante las ocasiones apremiantes, ya para implorar socorro en los grandes peligros o alivio en los males violentos, no era de mucho uso en el curso ordinario de la existencia, en que reinan sentimientos más moderados. Conforme las ideas se extendían y multiplicaban y se establecía entre los hombres una comunicación más estrecha, se acudió a signos más numerosos y a un lenguaje más amplio; se multiplicaron las inflexiones de la voz; se acompañaron de aquellos gestos que, por su carácter, eran más expresivos, y cuyo sentido depende menos de una determinación anterior. Los hombres expresaban los objetos visibles y móviles con el gesto, y los que afectan el oído mediante sonos imitativos; pero como los gestos sólo indican objetos presentes o fáciles de describir y las acciones manifiestas, como no son de uso constante puesto que la oscuridad o la interposición de otro cuerpo los deja inútiles, y como exigen atención más bien que excitarla, se los fue sustituyendo con las articulaciones orales que, sin guardar relación igualmente cercana con ciertas ideas, son más apropiadas para representarlas en condición de signos instituidos. Esta sustitución presupone ya cierto acuerdo común, difícil de practicar para hombres cuyos groseros órganos no poseían aún el conveniente ejercicio, y es más difícil de concebir en sí misma puesto que el acuerdo debe ser motivado, y que la palabra parece a su vez indispensable para establecer el uso de la palabra.—Es lícito juzgar que a las primeras palabras se adjudicó una significación mucho más extensa de la que se aprecia en las lenguas ya formadas; pues ignorándose la división del discurso y sus partes constitutivas, cada palabra asumiría el significado de una proposición entera. Cuando fue dable distinguir el sujeto del atributo, y el verbo del nombre, lo que es un esfuerzo genial nada desdeñable, los sustantivos se reducirían a los nombres propios y todos los tiempos del verbo al infinitivo, y la noción del adjetivo debió de desarrollarse difícilmente, por ser cosa abstracta y ser las abstracciones operaciones penosas y poco naturales... En cuanto a las clases primitivas y a las nociones más generalizadas, es superfluo añadir que todavía escapaban a la mente. ¿Cómo hubiera sido posible, en efecto, imaginar o entender palabras como materia, espíritu, sustancia, mundo, figura, movimiento, cuando tanto cuesta entenderlas a nuestros filósofos que vienen sirviéndose de ellas ha tanto tiempo, y las ideas que ellas contienen son puramente metafísicas, sin que correspondan a modelo alguno en la naturaleza? Me detengo en estos primeros pasos y ruego a mis jueces que suspendan su lectura para considerar, por el ejemplo de los solos sustantivos físicos, es decir, la parte de la lengua más fácil de construir, el camino por recorrer antes de llegar a la expresión de todos los pensamientos del hombre, antes de conquistar una for-

ma constante y apta para los usos públicos y la sociedad. Les ruego que imaginen el tiempo y caudal de conocimientos que habrán sido necesarios para dar con nombres, palabras abstractas, aoristos y todos los tiempos del verbo, partículas, sintaxis, ligas de proposiciones, razonamientos y toda la lógica del discurso... Fácil es comprender que el primitivo comercio no exigía lenguaje más apurado que el de las cornejas o los monos, cuyas agrupaciones son semejantes. Gritos inarticulados, abundantes gestos, algunos ruidos imitativos fueron sin duda y por mucho tiempo el lenguaje general; uniéndose a lo cual en los distintos países ciertas articulaciones convenientes, cuya institución, como ya lo he dicho, es fácil de explicar, resultaron lenguas particulares, aunque groseras e imperfectas y tales como aún se encuentran en muchas naciones salvajes... Y ya se deja ver cómo el uso de la palabra se estableció y perfeccionó insensiblemente en el seno de cada familia, y puede conjeturarse también cómo diversas causas particulares pudieron extender el lenguaje y acelerar su progreso, haciéndolo más necesario. Grandes inundaciones y terremotos rodeaban de agua o precipicios los cantones habitados; revoluciones del globo desprendían y cortaban en islas algunas porciones continentales. Se entiende que entre hombres así amontonados y obligados a convivir se formase al cabo un común idioma, mucho más que entre los que erraban libremente por los bosques y tierra firme. Fácil es que, tras los primeros ensayos de navegación, los insulares nos hayan traído la práctica de la palabra; verosímil que en las islas hayan tenido nacimiento las sociedades y las lenguas antes de ser importadas al continente." (J. Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, I y II.)

Estos cuadros magníficos que trazan Cicerón y Rousseau deben entenderse como conjeturas sugestivas sobre lo que no podría establecerse documentalente, y en algunas aseveraciones particulares los han superado aquí y allá la sociología y la lingüística. Pero sirven para hacer meditar en lo que pudieron ser tales procesos indecisos y dejan en el espíritu del lector un lecho de provechosas reflexiones. Cicerón encamina sus pensamientos a poner de relieve el valor del orador primitivo. Rousseau encamina los suyos a explicar la mutua fecundación entre la mente y el lenguaje, y entre la sociedad y el lenguaje. En el estado actual de la ciencia hay que distinguir las doctrinas sobre el concepto puramente lingüístico del lenguaje, o sea su función en la mente, y las doctrinas sobre el concepto generalmente social del lenguaje, o sea su función como factor en el grupo humano.

"El concepto social del lenguaje no es más que un aspecto del fenómeno, y por sí solo no podría dar cuenta de la filosofía del lenguaje. La sociología considera el lenguaje: 1o. como producto social colectivo, fase pasiva; 2o. como factor que influye en los demás productos sociales, los cuales sin el lenguaje carecerían de la estructura que él ha venido a comunicarles, fase activa... Que el lenguaje sea un producto social colectivo no quiere decir que el grupo humano haya creado el lenguaje por convenio plebiscitario y de una sola vez, quiere decir

que hay una interacción entre el individuo y el grupo, en virtud de la cual la facultad del habla se conforma en el organismo del lenguaje. Si yo fuera el único en el mundo, no sólo no habría lenguaje: no habría habla, y ni siquiera mi habla, dice Karl Vossler. La anterior afirmación no niega la posibilidad de que, en los remotos orígenes, haya habido un protolenguaje, producto de los puros impulsos afectivos y musicales del alma solitaria, especie de protoplegaria y protopoesía... Pero la palabra no sólo alude al pensamiento, sino que incrementa el pensamiento. La ecuación tiende hacia la objetivación íntegra del pensamiento social, y poco a poco esta objetivación refluye sobre el grupo que la ha uniformado. Le imprime una conciencia común, un desarrollo regular." (A. Reyes, *El deslinde*, VII, 3.)—En cuanto al concepto lingüístico del lenguaje, nos lleva a la historia de los estudios respectivos, que empiezan por interrogar el por qué, en un sentido más bien místico y con explicaciones sobrenaturales fundadas en las creencias religiosas, y luego pasa a interrogar el cómo. "Unos cayeron en la noción de un crecimiento vegetativo, tesis que va de Platón hasta Renan; otros, en la invención convencional, tesis que va de Demócrito hasta Condillac." (*Ibid.*, VII, 4.) Luego vienen los estudios comparativos entre las lenguas ya formadas y la lingüística va abandonando poco a poco el problema de los orígenes a la psicología conjetural. Puede decirse que sólo la suma de todas las doctrinas da una descripción aproximada de la totalidad del fenómeno, sin excluir las ya anticuadas que creían ver en la interjección y en la onomatopeya los orígenes exclusivos del lenguaje (teorías del "Pahpah" y del "Bau-Wau")

Todavía cabe considerar el lenguaje desde otro punto de vista, aunque aquí la palabra "lenguaje" cobra otro sentido. En este sentido mucho más general, lenguaje es toda comunicación significativa o todo significado transmitido de hombre a hombre. Un utensilio, una máquina, dicen algo al que pertenece al mismo grupo de convenciones humanas, y para quien ignora su uso viene a ser lenguaje extranjero. "Así entendido, el lenguaje asume un sentido muy amplio, mucho más amplio que el lenguaje oral o el escrito. Desde luego que incluye a éstos, pero incluye también no sólo gestos, sino ritos, ceremonias, monumentos, productos de la industria y las bellas artes." (J. Dewey, *La Lógica: Teoría de la pesquisa*, III.)

No está por demás, antes de abandonar este examen del lenguaje, insistir en que las fuerzas alógicas, los impulsos anímicos y afectivos cuentan en el origen y aun en la vida actual de las lenguas tanto, al menos, como las atribuciones lógicas, intencionadas, de los significados a las palabras. A este respecto, conviene recordar una página ilustre en los fastos del humanismo: la teoría expuesta por Vico sobre las "empresas heroicas" de la mente, la descripción mímica, la metáfora, la imaginación mitológica, el sentido fabulatorio, las charadas, enigmas y jeroglifos, todo lo cual alimenta como río subterráneo las fuentes del discurso coherente, y muchas veces lo perturba con su ímpetu. Este ahondar en las razones anímicas del lenguaje lo ensancha en expli-

cación fundamental de muchos motivos de la conducta.

"Ahora, recobrando el hilo de nuestra tela, a partir del razonado ejemplar de contar los campesinos heroicos en su edad poética siegas siempre por años, se descubren tres grandes principios de cosas, uno de los cuales es el de las empresas heroicas, del cual depende el conocimiento de importantísimas consecuencias en torno a la ciencia del derecho natural de las gentes. Y sin duda fue menester que a cuantos razonaron sobre las empresas ingeniosas, del todo ignorados de las cosas de esta nueva ciencia, la fuerza de la verdad les hiciera caer de la pluma el nombre de empresas heroicas. Fueron las tales las que los egipcios llamaron lengua simbólica, o sea por metáforas o imágenes o semejanzas, lengua que aun ellos refieren haber sido hablada en tiempo de sus héroes, mas nosotros demostramos aquí haber sido común a todas las naciones heroicas esparcidas por el universo. Porque, en efecto, el rey de la Escitia, Idantura, envió a Darío el Mayor, que por embajadores le intimara la guerra, como hoy mismo pudiera hacerlo el persa al tártaro su vecino, una respuesta que se componía de una rana, un topo, un ave, un arado y un arco, queriendo con todas estas cosas decir que Darío se armaría contra razón de gentes. 1o. Porque Idantura había nacido en tierra escita, como nacen las ranas en las tierras en que se las encuentra, con lo que denotaba ser tan antiguo su origen en aquella tierra cuanto el del mundo. De modo que la rana de Idantura es ciertamente una de aquéllas en que nos dijeron los poetas teólogos haberse los hombres convertido en el tiempo en que Latona dio a luz a Apolo y Diana, junto a las aguas, con lo que acaso significaron el Diluvio. 2o. Porque en la Escitia había constituido su casa o sea gente, como labran los topos sus galerías en las tierras de su nacimiento. 3o. Porque era suyo el imperio de la Escitia, por tener en él los auspicios de suerte que, en vez del ave de Idantura, un rey heroico de la Grecia hubiera enviado a Darío dos alas, y un rey latino le hubiera respondido 'auspicia esse sua'. 4o. Porque, además, el dominio soberano de los campos de Escitia era también suyo, por cuanto domara la tierra con el arado. 5o. Y porque finalmente, disponía del derecho soberano de las armas para defender sus soberanas razones con el arco. En esa lengua hablada por la gente heroica de la Tartaria se expresa, a no dudar, Tearco, rey de Etiopía, quien, habiéndosele intimado por Cambises la guerra, en que Cambises murió, y recibidos del monarca persa muchos vasos de oro, por no hallarlos útiles a ningún natural desempeño, los rehusó y mandó a los embajadores que informaran a su rey de lo que les haría ver. Y tendió un arco tamaño y lo cargó con saeta muy pesada, queriendo significar que él en persona le opondría la fuerza, porque no al oro, sino a la virtud se consagraba toda la estima de los príncipes. Lo que podría declararse en una sublime empresa heroica representando vasos de oro derribados por el suelo, y un brazo nervudo lanzando con tamaño arco una gran saeta. Y ella fuera tan explicativa con la sola imagen que no habría menester leyenda alguna que la animara. Y tal es la empresa heroica en su razón perfectísima, pues es tal un habla muda por actos o signos corpóreos por el



ingenio hallada, en vista de las hablas convenidas, y en la necesidad, mirando a la guerra, de manifestarse. Semejante a esa habla de Idantura y de Tearco fue ordinariamente la de los espartanos, a quienes se prohibiera saber leer, los cuales, aun después de descubiertas las lenguas concertadas y las letras, hablaban muy parcamente, como nadie ignora, y de quienes afirman los filólogos que fueron en grandísima parte guardadores de las costumbres heroicas de Grecia. De lo que es ejemplo el espartano que respondiera al extranjero que se maravillaba de no ver a Esparta ceñida de murallas, como no lo estuvieron ningunas ciudades heroicas de Grecia (y válganos el testimonio de Tucídides), con sólo el ademán de señalar su pecho. Con lo cual, aun sin articular vocablo humano, pudo dar a entender al extranjero el sublime sentimiento de que, con el arreo de las palabras concertadas, cualquier gran poeta heroico se preciaría: *De Esparta son muralla nuestros pechos*. Sentimiento que, en hablas pintadas, sería alta empresa heroica, representando un orden de heroicos escudos con esta leyenda: *Muros de Esparta*. Empresa que significaría no sólo que las verdaderas defensas armadas son los fuertes ciudadanos, sino también que la firme roca de los reinantes es el amor de los súbditos. Otro ejemplo es el de aquel espartano que a otro extranjero, que quería saber hasta dónde Esparta extendía sus confines, arrojando un asta respondió: *Hasta donde ésta alcance*. Palabras que hubiera podido ahorrarse, si ya no lo hizo, haciéndose comprender mudamente, y sin que Homero, Virgilio, Dante, Ariosto, Torcuato hubiesen podido expresar, con arreo de palabras, mejor sentimiento del que hubiera sido éste: *Brío del asta es límite de imperio*. E igual pintura se cambiaría en esta sublime empresa: un

brazo arrojando un asta, con la leyenda *Confines de Esparta*. De aquella natural costumbre de los antiguos espartanos, etíopes, y entre los griegos, de los iletrados espartanos, no es nada desemejante la de los latinos bárbaros que deja traslucir la historia romana, en la que sería una empresa heroica aquella mano que con su varilla descabeza adormideras descollantes sobre humildes hierbas, con la que respondió Tarquino el Soberbio a su hijo, que le había consultado por mensajero qué convendría hacer en Gabi.

Esto es, que matara a los principales de la ciudad; y tal historia o sería del tiempo más antiguo de las gentes latinas allegadas al Soberbio, dado que tal respuesta en el tiempo de las hablas concertadas es mejor pública que secreta, o bien en los tiempos del Soberbio se hablaba todavía en Roma con caracteres heroicos. Por todo lo dicho se demuestra patentemente que en las empresas heroicas se contiene toda la razón poética, la cual se reduce entera en este punto: que la fábula y la expresión son una cosa misma, esto es, una metáfora común a poetas y pintores, de suerte que un mundo falto de expresión puede pintarla." (Vico, *Ciencia nueva*, III, 27; trad. J. Carner, El Colegio de México, 1941.)

7. El pensar matemático

Pasemos ahora a la organización matemática. Con respecto al número, los filósofos de la matemática nos explican el largo y laborioso proceso que llevó al hombre a despegar de los objetos la noción de las cantidades de objetos, su aumento o disminución, su orden, etc.

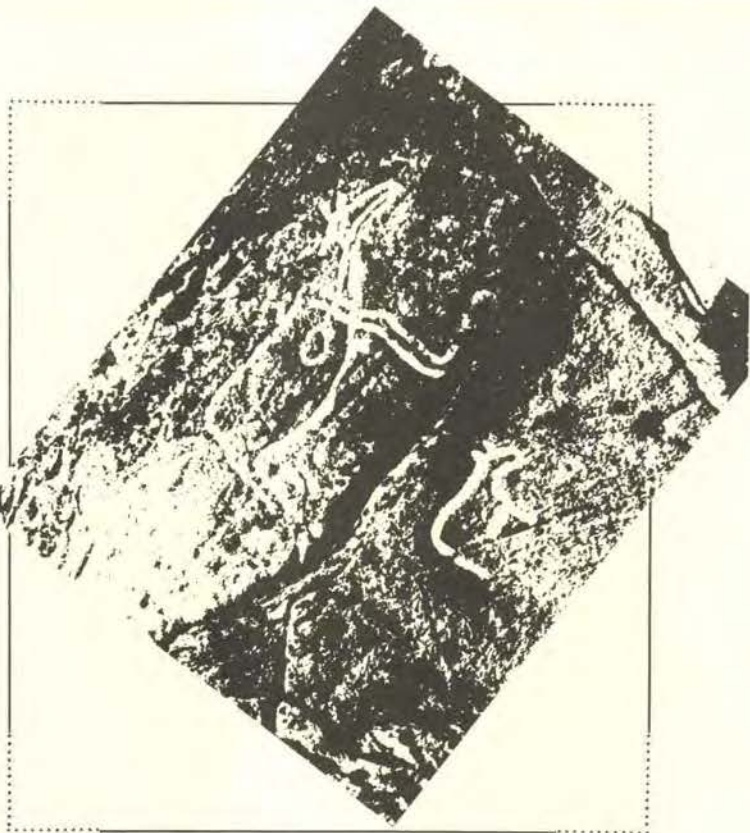
El hombre poseía seguramente desde los orígenes aquel vago ínstinto numérico —acaso prendido en los ritmos fisiológicos: latido, resuello, paso que, según parece, poseen también ciertas aves y aun ciertos insectos, no digamos ya los primates superiores. Pero el carácter progresivo de las nociones matemáticas y la dificultad con que adelantan se demuestra por la supervivencia de ciertas etapas atrasadas. Todavía hay tribus australianas o del Mar del Sur que, por no haber alcanzado siquiera la etapa de contar con los dedos o de asociar las confrontaciones visuales y las táctiles —lo que según los psicólogos resulta de la disposición de las capas externas e internas de la córnea del ojo— no han llegado a la percepción del número. Hay otras poblaciones que cuentan por gestos y mímica corpórea, de suerte que, como lo observa Rousseau a propósito del lenguaje, no pueden transmitir un cómputo en la oscuridad. Algunas mezclan palabras que designan órdenes (por ejemplo, decenas), con mímica digital que completa las unidades.

El origen del número debe considerarse desde un doble punto de vista: el lógico y el místico. Desde el punto de vista lógico, como ya lo sintió Descartes, la matemática es un orden mental que deriva de la función lingüística. Se refiere a las operaciones de abstracción, correspondencia y sucesión. La abstracción del primitivo se ejerce sobre los centros de interés de su vida y sólo se desarrolla conforme va haciendo falta. Al modo que hay lenguas primitivas que tienen nombres para cada

color del arcoiris y no poseen todavía el término general "color", se concibe que el hombre haya tardado en darse cuenta de que había algo común entre una pareja de faisanes y un par de días, según dice Russell. Y así como hay lenguas que poseen numerosas palabras para la espada o para el león según las condiciones de su existencia (árabe), se comprende que ciertos grupos del Congo Belga muden su terminología para enumerar seres animados y objetos inanimados. Pero el carecer de un nombre hecho para la abstracción, sólo significa que tal nombre es todavía inútil, y no que se carezca de la noción misma. Hay salvajes que tienen una sola palabra para el verde y el azul y, sin embargo, los distinguen perfectamente. Los famosos "tests" de eficiencia mental suelen descuidar esta calificación relativa del distinto interés vital, que para nada afecta a la eficiencia misma del sujeto estudiado.

Considérese, además, como lo nota agudamente Pécaut (*El niño y el número*, en la *Revue Pédagogique*, nueva serie, tomo no. 10, octubre de 1921, pág. 247), que "contar es función casi opuesta a la de abstraer", aun cuando sin duda la presupone. Esto nos conduce a las otras dos operaciones lógicas, la correspondencia y la sucesión. La correspondencia de objeto a objeto nos deja ver la existencia de la noción del número sin la necesidad de una cuenta, como cuando en un salón comparamos, a simple vista, el número de asientos y el de personas, y según que todos estén sentados o haya personas de pie o asientos vacíos, calculamos el más y el menos o el completo ajuste de ambas clases. Método de que queda resabio en nuestro verbo "calcular", de "cálculo" o piedrecita, por cada piedrecita que se adjudica a cada objeto y que es el origen del número cardinal. La sucesión, que es ya la cuenta y de que a la larga resulta el número ordinal, nos permite establecer una serie estricta u orden determinado, y la consecuente previsión de que, tras este número cardinal, tiene que venir tal otro número cardinal. Ambos números aparecen imbricados en la invención y se los puede significar del modo siguiente en un ademán de primitivo: si se muestran al mismo tiempo tres dedos de la mano, se propone un número cardinal; y si se alzan los tres dedos, uno tras otro, se propone un número ordinal. El ordinal deja ocioso, a la larga, el sistema de referencia o clase de objetos usados para la confrontación, objetos que equivalen a la colección de piedrecitas.

El sistema decimal que hoy usamos no es el único posible, ni es el único empleado en todos los pueblos. Hay vestigios de sistemas binarios, a los que Leibniz aconsejaba volver por lo que simplifican las operaciones aunque complican la notación gráfica. Hay también vestigios de sistemas quinarios. Los hay cuya base es doce, de que quedan huellas en los doce meses del año y en sistemas métricos todavía usados: doce peniques en un chelín, doce docenas en una gruesa, doce pulgadas en un pie, etc. Y todavía la base de veinte aparece en el "score" inglés y en el número francés "quatrevingt" o "cuatroveintes", por "ochenta". El sistema decimal se ha impuesto por economía, y en parte también por el accidente fisiológico de que el hombre tenga en las manos



diez dedos plegables que permitan la cuenta.

Redondeada así la noción lógica del número, con el correlato de la noción de unidad, que es un descubrimiento difícil, falta todavía descubrir la misteriosa noción del "cero", o nada cargada de sentido, y luego expandirla hacia arriba en la serie de las magnitudes crecientes, y hacia abajo en la serie de las decrecientes. Los tasmanios cuentan: uno, dos, muchos. Para ciertos hotentotes el infinito empieza más allá del tres, número máximo que alcanzan a percibir. Los guaraníes alcanzan hasta el cuatro. Se ha admitido que todavía las lenguas europeas usan para el tres ciertos nombres que traen resabios de un primitivo significado equivalente a "mucho" o a "más allá": "ter, trans", "tres, trois", etc. (J. Dantzig, *El número, lenguaje de la ciencia*, I, 2.) Aquí juegan secundariamente las nociones de "unidad", "pares" o correspondencias, "nones" o falta de correspondencia, y "mucho" o "más allá". Los números grandes sólo aparecen claramente analizados por el griego Arquímedes, en su apólogo del "computador de arenas" o "arenario"; y el verdadero infinito matemático, sólo en el siglo XIX. Respecto al decrecimiento por debajo del "cero", supone ya una abstracción muy ejercitada. La fracción no se impone objetivamente a la contemplación del primitivo. Pues si con el fraccionamiento la cosa se destruye, como para los seres animados, no hay fracción sino aniquilamiento, muerte. Y si se trata de un objeto inanimado, una vara que se parte en dos no le aparece como media vara más media vara, sino como una reproducción de la vara en dos varas. Y para llegar a la noción del fraccionamiento infinitesimal han de pasar muchos siglos.

Tal es el número lógico. Pero todo conocimiento in-

suficiente desarrolla campos de fuerzas místicas. No es posible entrar aquí en la descripción de las preocupaciones místicas emanadas del número, y que van desde el pitagorismo hasta la matemática sublime o aplicación de la matemática a las pruebas de la existencia de Dios (A. Reyes, *El deslinde*, VIII, 13.) La magia, el folklore, las supersticiones, conservan la huella de estas humedades emocionales que suelen empapar al número, y que se relacionan también con la función lingüística o poder oscuro de dominio concedido al nombre de la cosa, o con la pintura o estatuaria mágicas a que se atribuye una virtud sobre la persona representada, como en la novela de Wilde, *El retrato de Dorian Gray*. Así se ve que el salvaje huye de la cámara fotográfica, y la mujer que se lanza a la vida libre toma un nombre de guerra, a manera de escudo místico. El enamorado esconde el nombre de su dama. Parafraseando a Musset, dice Gutiérrez Nájera en la Canción de Fortunio:

*Si de la que amo con tal misterio
pensáis que el nombre revelaré,
sabedlo todos, por un imperio,
por un imperio no lo diré.*

Entre las tribus atrasadas, que son nuestro único documento sobre la mentalidad primitiva, y también en numerosos testimonios de la literatura más arcaica, es fácil advertir que se han atribuido virtudes secretas al 3 (teologías trinitarias de la India o del cristianismo elaborado por la Grecia tardía, etc.), al 7 y a otros números. La aritmología pitagórica de los griegos ofrece los ejemplos más abundantes; y luego, la cabalística desarrolla la pseudociencia de la aritmomancia, en que se conjugan las letras de los nombres con números y símbolos, la onomatomancia aritmética, etc., que son persistencias de la mentalidad prehistórica. Estos juegos de simetría han servido de inspiraciones artísticas, porque el hombre no es pura y exclusivamente razón.

Aun dejando a un lado el álgebra o abstracción superior sobre los números, en funciones y relaciones representadas con letras, que es fruto muy tardío, hay que considerar, para el caso de los primitivos, otro concepto matemático fundamental: la figura geométrica. Tampoco ésta pudo ser abstraída en un instante. No lo lograron del todo los egipcios, que aún la veían pegada a la forma de un terreno material, y sólo llegaron a ella los filósofos griegos. Se dirá que los primitivos usaron ornamentaciones de forma geométrica, pero éstas son meras aplicaciones cualitativas de la forma y no abstracciones matemáticas. La geometría brota de la medición de propiedades, lo que no existe para el primitivo por no ser un centro de interés en su vida. La abstracción, que es siempre un esfuerzo, sólo se ejercita donde hace falta. No es que al primitivo le fuera imposible abstraer la noción de figura: es que no le hacía falta. Si quiere hablar de algo redondo, dirá "como la luna llena", al modo que Pascal a los doce años redescubría la geometría euclidiana hablando de "redondos y barras". Más aún las experiencias psicológicas de Verlaine (no el poeta) comprueban aquellas doctrinas filosóficas que conceden a la

mente humana una posibilidad de construcción abstracta, previa y aun indispensable a la captación de conocimientos experimentales concretos y derivados de las impresiones de los sentidos. Las intuiciones de la forma geométrica bien podían existir en la mente del primitivo, sin que experimentara necesidad alguna de expresarlas en abstracción matemática. Nótese que también ha habido en el orden geométrico cierta floración de emociones místicas, como el sentimiento de las direcciones privilegiadas del espacio, que todavía nos hacen ceder la derecha a la persona de respeto.

Lo que sabemos de la matemática prehistórica se reduce casi a la posibilidad de que ciertas barras y puntos, dibujados en ocre rojo en planchas de esquisto del aziliano o mesolítico, puedan representar cómputos (Capitant, *La Prehistoria*).

En cuanto a las unidades de medida en sí misma, ya se entiende que su "desantropomorfización" no era indispensable al nacimiento de la ciencia abstracta, puesto que aún se usan pulgadas, pies, codos, jornadas, etc.

8. De la prehistoria a la historia

El paso de la prehistoria a la historia es el paso de los yacimientos materiales, documentos mudos e involuntarios, a los testimonios escritos de todo orden, destinados ya a conservar y transmitir memoria de los hechos. Acaso se haya exagerado la antigüedad de ciertos vestigios elamitas (cercano Oriente) que llevarían los primeros jeroglifos y los residuos de las primeras lenguas conocidas hasta unos 6000 años a.C. En todo caso, para el mundo occidental, la historia ha comenzado ya seguramente unos 4000 a.C. El escenario de la prehistoria es impreciso y extenso: corre o aparece esporádicamente por Oceanía, Asia, África y Europa. El escenario de la historia se fija en las cercanías del Mediterráneo, mar interior encerrado entre los tres grandes continentes del viejo mundo, que viene a ser el punto de partida y el punto de referencia; y sobre todo en ese cuadrante que hoy se llama con cierta vaguedad el cercano Oriente. En esta designación se comprende la parte del Asia que queda al sudoeste de Rusia y del Mar Negro y al oeste del Afganistán, y también la región del valle del Nilo, cuya cultura inicial tiene mayor relación con la Mesopotamia que no con el África misma, de que la cortaban, a la izquierda, inmensos desiertos, y abajo, grandes cataratas. La línea de la tradición puede trazarse de la Mesopotamia a Egipto, de aquí a Creta, y luego al mundo helénico.

Prescindimos por ahora de especies semilegendarias. Tales las probables civilizaciones desaparecidas por guerras y cataclismos geológicos: Lemuria, Atlántida, Polinesia, Anau, sobre las cuales tanto se ha fantaseado. Lemuria, en que algunos ven la tierra de los pitecoides precursores del hombre —de cuyos combates con el hombre serían vestigio las narraciones del poema indostánico *Ramayana*—, yace según ellos en el fondo del Océano Indico, tierra sumergida que alguna vez se extendió desde las islas de la Sonda por la costa meridional del África, hasta la isla de Madagascar. La Atlántida es

otra tierra sumergida, de que queda memoria en la tradición que los sacerdotes egipcios de Sais refirieron a Solón, y que su nieto Platón recogió en páginas inmortales. Se la ha buscado en el Atlas o el Sáhara, en el fondo del Atlántico, en Suecia, en el Báltico, en el Océano Artico, en Creta, en España, en Holanda, en Palestina, en la antigua Troya, en Persia, en Crimea, en Ceilán, en América, etc. (A. Reyes, *La Atlántida castigada*.) Ha sido objeto de las más variadas interpretaciones, dando estímulos a los mitógrafos, geólogos, etnólogos, y hasta a los místicos de la extravagancia (A. Vivante y J. Imbelloni, *Libro de las Atlántidas*, Buenos Aires, "Humanior"). El historiador mexicano Edmundo O'Gorman ha estudiado los reflejos de esta tradición en los primeros cronistas del mundo americano. Sobre la Polinesia sólo quedan trozos de epopeyas de Sámoa o Tahití que hacen presumir la antigua grandeza militar de civilizaciones perdidas. Las investigaciones sobre Anau, al sur del Turquestán, datan de principios del siglo XX, y aunque comenzaron por asignar a los vestigios una vetustez de 9000 a.C., ahora se piensa que Pumpelly se equivocó en unos cuatro o cinco mil años.

Prescindimos también, por la imposibilidad de establecer conexiones con el tronco fundamental de nuestra civilización o de establecer cronologías racionales, del lejano Oriente —India y China— o del antiguo Yucatán y del núcleo andino, que deben estudiarse aparte; y del movimiento ascensional que poco a poco subió por Europa hasta el Báltico, el Mar del Norte y las Islas Británicas.

Fijémonos, pues, en el cercano Oriente, donde va a nacer una verdadera civilización. Los desbordes glaciales del norte habían ido atrayendo a los cazadores hacia las llanuras del Sáhara, nunca tocadas por los hielos y que fueron durante millones de años zonas feraces e irrigadas por abundantes lluvias. Paulatinamente, a medida que los hielos se replegaban hacia el norte, las lluvias empezaron a decrecer en las regiones mediterráneas. La parte occidental adquirió su actual carácter desértico, y quedaron como refugios habitables las zonas orientales bañadas por los grandes ríos: Tigris, Eufrates, Nilo.

Pronto los inventos, la metalurgia y la escritura dan al grupo humano una nueva fisonomía. Suele llamarse a esta edad la Edad del Bronce, designación algo confusa. Ante todo, el primer metal descubierto fue el cobre, cuyos primeros trozos tal vez se encontraron por los años 5,000 a.C., entre las hogueras de las tribus que vagaban por el Sinaí. Sólo más tarde se llegó a mezclarlo con el zinc o el estaño para obtener el bronce, y mucho más tarde el hierro es incorporado en la industria. Además, el metal aparece en épocas distintas para distintos pueblos. Finalmente, hay pueblos que pasaron de la piedra al hierro sin conocer el bronce, como Finlandia, Rusia septentrional, Polinesia, Africa central, India meridional, Australia, Japón y, desde luego, la lejana América. Como quiera, después de la domesticación del fuego, el metal es el descubrimiento más importante.

Los orígenes de la cultura mediterránea deben buscarse, antes que en Egipto, en Elam, por la antigua ciudad de Susa, al oriente del Tigris meridional y no lejos

del Golfo Pérsico: cobre, agricultura, jeroglifo, alfarería exquisita y rueda de alfar, carro rodante, joyería, espejos, sistemas de comercio y crédito. Más importante, y parece desde luego que anterior a Egipto, es la región sumeria o Mesopotamia del sur, en camino ascendente hacia lo que luego será la gran Babilonia: Eridú, Ur, Uruk, Larsa, Lagash, Nipur, Nisín, Agade, junto al Eufrates, y la más vieja, Kish, sobre el Tigris. El carácter y cronología de esta cultura todavía son objeto de dudas y averiguaciones. La Antigüedad clásica ignoró a los sumerios, y el babilonio Beroso, en el siglo III a.C., habla de ellos en términos mitológicos, como de monstruos civilizadores que llegaron por el Golfo Pérsico guiados por Oanes. Se ignoran su raza y su procedencia. Su lengua no era semítica y se duda si sería mongólica. Usaban ya la escritura cuneiforme, en jeroglifos tal vez derivados de las incisiones ornamentales de la alfarería. Conocían ya la escultura y la joyería, usaban vestidos de lana, gorros y sandalias. Se atribuían una lista de monarcas que databan fabulosamente de cinco mil siglos. Las lamentaciones de su poeta Dingiradamu sobre guerras y destrucciones se asegura que datan de cerca de 5000 a.C. La penumbrosa historia se define un poco hacia los 3000 a.C. Sobrevienen luego las monarquías semíticas acadianas (Agade), y aquella cultura se va confundiendo en la antigua Ur de los caldeos en el ciclo asirio, dejando el recuerdo de Sargón el conquistador, hijo de una prostituta sagrada; el recuerdo del acadiano Manishtusu que llevó a Elam la guerra por meros incentivos artísticos, para obtener plata y diorita con que embellecer sus santuarios; el recuerdo de Gudea el edificador y justo monarca, cuya imagen de diorita se conserva en el Louvre; y el recuerdo de los saqueos del tesoro de su diosa Istar por pueblos orientales (elamitas) y occidentales (amoritas). Por transculturación, estos pueblos vencidos, que ya para el apogeo de Persia han desaparecido de la historia, legaron a los conquistadores asirios y babilonios un caudal de nociones religiosas, sociales, políticas y artísticas: su Gilgamesh será héroe de las epopeyas babilónicas; su Tamuz será el Adonis griego; los hebreos recibirán de ellos, indirectamente, la tradición del Diluvio. Hamurabi inspirará su código en los preceptos de los monarcas sumerios. Por toda la antigua Mesopotamia se difunden sus artes de canalización, riego, comunicaciones fluviales, norias, arquitectura pública y privada, construcción de adobes, puertas giratorias de madera, metalería que no ignoró el oro, la plata ni aun el hierro, instrumentos de pedernal, hueso, marfil y barro, arado de bueyes, lujos y cosméticos femeninos, tejidos, leyes y arbitrajes, préstamos comerciales a interés, medicina, escritura, escuelas, poesía, etc.

Mucho de esto llega hasta Egipto, sea por el istmo de Suez o por el Mar Rojo, a través de los antiguos ríos derivados del Nilo y entre todo ello, llegó la escritura pictográfica anterior a las grandes dinastías, el sello cilíndrico del Egipto primitivo que luego fue abandonado, instrumentos y artefactos diversos, estatuillas de dioses asiáticos, etc. Y la verdadera estatuaría, la rueda de alfar y el carro sólo aparecen en Egipto mucho después que en Sumeria.



9. Los abismos del tiempo humano

Es hoy sabido de todos que la historia clásica del hombre queda reducida a un instante si se la compara con las enormes perspectivas del tiempo que la ciencia arqueológica ha descubierto en nuestros días. La historia, junto a la prehistoria, pasa a la categoría de pluma en el sombrero. Lo curioso es encontrar el pleno sentimiento de esta proporción, o desproporción, en el obispo de Chester, Juan Pearson, que ya en su *Exposición del Credo*, segunda mitad del siglo XVII, se sentía arrobado ante las inmensidades del abismo que precedió a la historia. ¿Qué es la historia? Lo que caprichosamente quiso respetar la incuria del tiempo.

“Pues la iniquidad del olvido ha derramado ciegamente sus dormideras, y trata las memorias humanas sin atención a los méritos de perpetuidad. Aquel fundador de las pirámides ¿qué puede inspirarnos sino lástima? Vive Heróstrato por haber quemado el templo de Diana, y el que lo edificó casi ha desaparecido. El tiempo conservó el epitafio de los caballos de Adriano, pero ha borrado el de éste. En vano computaríamos las dichas por la ventaja de los buenos nombres, porque los malos tienen la misma perennidad; y Tersites amenaza vivir tanto como viva Agamemnon. ¿Quién asegurará si siquiera conocemos a los mejores? ¿O si no se habrán olvidado otros más notables que cuantos perduran en los repertorios conocidos? Sin el favor del Registro imperecedero, el primer hombre sería tan ignorado como el último, y su única crónica, la longevidad de Matusalén. Para el olvido no hay soborno. La mayoría ha de con-

formarse con ser como si jamás hubiera sido, y contar en los registros de Dios, ya que no en la cuenta de los hombres. El primer relato contiene veintisiete nombres, y de cuantos vienen después no queda ninguno en el siglo. Pronto el número de los muertos excedió a los que han de vivir. La noche del tiempo superó con exceso al día y ¿quién sabe cuándo fue el equinoccio? Cada hora añade algo a esta aritmética corriente, que no para un instante. Y pues la muerte es Lucina de la vida, y aun el pagano puede dudar si vivir así difiere del morir; pues nuestro sol más duradero camina al descenso sin remedio después de dibujar su arco, y así no ha de faltar ya mucho para que caigamos en la sombra y sea cenizas nuestra luz; pues el hermano de la muerte a diario nos angustia con su mortal ‘memento’, y el tiempo que sin cesar envejece recorta a la vez nuestra esperanza, la diuturnidad no es más que un sueño y una insensata expectación.” (Sir Thomas Browne, *Hydriotaphia: Urna funérea*, 1658.)

Sobre estos abismos de tiempo, sobre este río de olvido, adelanta la civilización, la herencia humana. Ella supone distintas condiciones conforme a las cuales pueden distribuirse mentalmente las distintas fases del espectáculo descrito. Condiciones terrestres: unas geológicas y otras geográficas. Por cuanto a las geológicas, estabilidad de la morada terrestre, en su juventud sometida a tremendas convulsiones, desgarramientos y otras indecisiones plásticas; luego invadida varias veces por enormes derrames glaciales que no han de ser los últimos, por lo que afirma un escritor ingenioso que la civilización es un entreacto entre dos congelaciones. Por cuanto a las condiciones geográficas, clemencia, moderación de regímenes, prudente proporción de sol y humedad,



suelo bonancible, o aproximaciones a este término medio que desafían el esfuerzo humano con ciertas promesas de dejarse vencer. Sobre estas condiciones terrestres, operan las condiciones humanas del agrupamiento: provisión y previsión económicas, organización política, tradición de normas religiosas o morales y cultura. Y de aquí resultan todos los múltiples tipos de convivencia, economía, ética, creencia y conocimiento que se encuentran en las sociedades humanas.

La necesidad rige directamente las bases más naturales o animales de la humanidad, pero se transforma conforme subimos hacia los estímulos más característicamente humanos, y dista ya mucho de ser el incentivo esencial de la cultura. La cultura se convierte pronto en un fin por sí misma, busca complicaciones innecesarias, fundadas tan sólo en alicientes estéticos, desinteresados y sublimes, y es el rasgo distintivo del hombre. Se ha dicho que su principal acicate es la inmensa capacidad del aburrimiento de nuestra especie.

Véase el sumidero de nociones y conquistas en que vive un hombre cualquiera de nuestro tiempo:

"Nuestro sujeto se despierta en una cama hecha según un patrón originado en el cercano Oriente, pero modificado en la Europa del norte antes de pasar a América. Se despoja de las ropas de cama hechas de algodón, que fue domesticado en la India, o de lino, domesticado en el cercano Oriente, o de seda, cuyo uso fue descubierto en China; todos estos materiales se han transformado en tejidos por medio de procesos inventados en el cercano Oriente. Al levantarse, se calza unas sandalias de tipo especial, llamadas mocasines, inventadas por los indios de los bosques orientales, y se dirige al baño, cuyos muebles son una mezcla de inventos europeos y americanos, todos ellos de una época muy reciente. Se despoja de su pijama, prenda de vestir inventada en la India, y se asea con jabón, inventado por los galos; luego se rasura, rito masoquista que parece haber tenido origen en Sumeria o en el antiguo Egipto. Al volver a su alcoba, toma la ropa que está colocada en una silla, mueble procedente del sur de Europa, y empieza a vestirse. Se viste con prendas¹ cuya forma originalmente se derivó de los vestidos de piel de los nómadas de las estepas asiáticas, y calza zapatos hechos de cuero, curtidos por un proceso inventado en el antiguo Egipto, y cortados según un patrón derivado de las civilizaciones clásicas del Mediterráneo. Alrededor del cuello se anuda una tira de tela de colores brillantes, supervivencia de los chales o bufandas que usaban los croatas del siglo XVII. Antes de bajar a desayunarse se asoma a la ventana, hecha de vidrio inventado en Egipto, y si está lloviendo, se calza unos zapatos de caucho, descubierto por los indios de Centroamérica, y coge un paraguas, inventado en el Asia sudoriental. Se cubre la cabeza con un sombrero hecho de fieltro, material inventado en las estepas asiáticas. Ya en la calle, se detiene un momento para comparar un periódico, pagándolo con monedas, una invención de la antigua Libia. En el restorán le espera toda una serie de elementos adquiridos de muchas culturas. Su plato está hecho según una forma de cerámica inventada en China. Su cuchillo es de acero, alea-

ción hecha por primera vez en el sur de la India; su tenedor es un invento de la Italia medieval, y su cuchara un derivado de un original romano. Comienza su desayuno con una naranja, procedente del Mediterráneo oriental, un melón de Persia, o quizá una raja de sandía de África. Además toma un poco de café, planta de Abisinia, con leche y azúcar. Tanto la domesticación de las vacas como la idea de ordeñarlas se originaron en el cercano Oriente, y el azúcar se hizo por primera vez en la India. Después de la fruta y el café sigue con los waffles, que son una especie de tortillas hechas según una técnica escandinava con trigo, aclimatado en Asia Menor. Sobre estas tortillas desparrama un poco de jarabe de arce, inventado por los indios de los bosques orientales. Además puede servirse unos huevos de una especie de pájaro domesticado en Indochina, o algún filete de carne de un animal domesticado en Asia Oriental, salada y ahumada según un proceso inventado en el norte de Europa. Una vez que ha terminado de comer, se pone a fumar, costumbre del indio americano, consumiendo una planta domesticada en Brasil, ya en una pipa, derivada de los indios de Virginia, o en un cigarrillo, derivado de México. Si es suficientemente vigoroso elegirá un puro, que nos ha sido transmitido de las Antillas a través de España. Mientras fuma, lee las noticias del día impresas con caracteres inventados por los antiguos semitas sobre un material inventado en China, según un proceso inventado en Alemania. A medida que se va enterando de las dificultades que hay por el extranjero, si es un consciente ciudadano conservador, irá dando las gracias a una deidad hebrea, en un lenguaje indo-europeo, por haber nacido en el continente americano." (Linton.)

* Alfonso Reyes. "Un paseo por la prehistoria". Revista de Filosofía y Letras. Tomo VI, julio-sept., 1943. No. 11, p. 127-151. Tomo VI, oct-dic., 1943. No. 12, p. 325-344.

¹ Las ropas menores, según Alfonso el Sabio, son invención de la reina Semíramis — A.R.

